

LUIS ORTS

VIDA HUERTANA

Artículos de costumbres * * * *

* * * * * de la Vega de Murcia

~~~~~  
1.<sup>a</sup> SERIE  
~~~~~



1908

Tip. de N. ORTEGA, Polo de Medina

MURCIA

X
LUIS ORTS

VIDA HUERTANA

Artículos de costumbres * * * *

* * * * de la Vega de Murcia

1.^a SERIE



1908

Tip. de N. ORTEGA, Polo de Medina
MURCIA

(1.^a y 2.^a serie)
Alfonso y ya notable abo-
gado y escritor murciano Sr.
D. Mariano Mur- y mas, in-
stituciones de administración y cultura
del Cultor

2-11-1914



R.387 456

DMU

2058

I

lit. 304 84



La Misericordiosa



I

A las nobles y distinguidas señoritas
María, Angeles y Emilia Fontes.

Entre el pueblo de Javalí-Viejo y el campo de tiro de la Fábrica de la pólvora, existe un grupo de casitas pobres, que siempre se ha conocido con el nombre de «El Cabecico», por estar emplazado en una pequeña ladera, hasta que la piedad del vecindario lo puso bajo la santa advocación de la Virgen, con el nombre de «Barrio del Carmen.»

La munificencia de aquel modelo de caballeros cristianos que se llamó en vida D. Nicolás Fontes, cuya buena memoria perdurará en muchos corazones, hizo que bastantes familias po-

bres edificaran sus viviendas en los terrenos de «El Cabecico», que eran de su propiedad, sin más obligación que la de satisfacer un pequeño censo, que jamás se ha reclamado á los contribuyentes morosos.

Entre los primeros fundadores del barrio del Carmen, figura un matrimonio tan pobre, que allá por el año ochenta se albergaba en una cueva miserable de las que existen aun en las orillas de la Rambla de la Ventosa, junto al cementerio viejo de la Ñora, por haber destruido la inundación del 79 la casita que poseían en el sotto de la Huerta de arriba, muy cerca de la torre de los Vigueras.

Matías y Damiana eran todavía bastante jóvenes para trabajar y reponerse de los grandes quebrantos que les ocasionó la inundación, y el día que obtuvieron el permiso para construir su vivienda, pusieron manos á la obra, empezando ellos mismos por hacer las atobas necesarias, en un ejido próximo, que luego á luego, en el transcurso del tiempo y á fuerza de ir rebajando el terreno, se convirtió en hermoso huerto de naranjos.

Después fueron adquiriendo á su despacio los materiales indispensables, hasta que al cabo de un año entero de grandes privaciones y sacrificios, se encontraron con una bonita casa de un solo cuerpo; pero con sus cámaras muy hermosas, su corralazo grande y todas las comodida-

des necesarias; de modo que vivían allí hechos unos príncipes, trabajando en todo lo que salía para ganarse honradamente la comida.

Se había presentado tan bueno el año á que se refiere esta verídica historia, que Damiana guardaba en el rincón de su arca catorce duros, como catorce soles, de siete hoyos de planta de pimientos que había criado durante el invierno, en un solar cercano á su casa. Si á esto se agrega el producto casi seguro de media onza de simiente de seda que marchaba á las mil maravillas, se verá como las cosas de Matías iban viento en popa, hacia un porvenir desahogado.

Sin embargo; como en este mundo no hay dicha completa, Matías y Damiana llevaban clavada en el corazón una de esas espinas profundas y dolorosas que no se desprenden jamás. Las aguas de la riada les arrebató, de la noche á la mañana, con todo lo que poseían, una preciosa niña de dos años, que era el único fruto de bendición de aquel matrimonio.

II

Una tarde del mes de Mayo, estaba Damiana en su cámara con la alegría que es natural, cuando la fortuna recompensa el trabajo de los pobres. Alrededor de las paredes de atobas descubiertas, veíanse multitud de bojas puestas en hilera, cuajadas de capillos tan finos y tan hermosos como el oro. El Señor había echado su

bendición de tal suerte, que no se perdió ni un solo gusano. La hacendosa mujer hacía sus cuentas con los dedos y siempre deducía que, después de pagar algunas cargas de hoja que se habían tomado al fiado, vendrían á quedarle de diez y ocho á veinte duros de ganancia.

Después refrendaba sus cálculos aritméticos dando muchas gracias á Dios y besando, con la mayor devoción, una medalla de aluminio, con la imagen de la Virgen del Carmen, que llevaba en el pecho, sujeta con un imperdible sobre los pliegues de su pañuelo, porque creía de buena fé, que todo su bienestar dimanaba de sus oraciones y creencias. A ella le habían enseñado desde la infancia aquel sublime consejo del Evangelio, de «pedid y se os concederá» y á tan hermosa doctrina se atenía, sin reparos ni dudas de ninguna clase.

Lo primero que Damiana pensaba hacer en aquel período de inusitada opulencia, era sacar de la Misericordia, para tenerla como una hija, á cierta hospiciana encantadora que vió un día de mercado en las calles de la ciudad, la cual era el propio retrato de aquella pobre niña que desapareció de sus brazos, en la noche más lúgubre que se ha conocido en la huerta de Murcia.

Encadenó Damiana este pensamiento con todos los tristes recuerdos que conservaba de su malograda niña, y terminó, como le sucedía siempre, apesar del tiempo transcurrido, por

deshacerse en amargo llanto. Llorando se bajó de la cámara, al oscurecer, para que su marido tuviese la mesa puesta y llorando la encontró Matías cuando regresó de cavar sus pimentones.

Ya era bien entrado el calor y el sufrido jornalero llevaba la camisa con señales de haber sudado mucho; las mangas hasta el codo, dejando al descubierto los robustos brazos quemados por el sol; en el hombro derecho el legón bruñido por el roce de la tierra y en la mano izquierda un capazo de hierba para sus animales. Olvidando las fatigas del día, al poner los piés en los portales de su casa, entró hasta la cocina, tarareando una de las tocatas de la música del pueblo, á la que perteneció en sus mocedades, en clase de primer bombardino.

No se extrañó Matías de las lágrimas de su mujer, porque casi siempre se la encontraba lo mismo, desde que ocurrió lo del soto del río, que á él no se le olvidaba tampoco, aunque hacía por disimularlo.

—Ya estamos con la historia de siempre—dijo mientras se descargaba.—Estás viendo que Dios nos ayuda más de lo que nos merecemos y tú llora que te llora, pa que el Señor nos castigue.

—¡Dios nos perdone, Matías!—contestó Damiana,—pero ¡mira lo que son las cosas! cuando me veo con más desahogo y bienestar, entonces me acuerdo muchísimo más de nuestra hija y me

entra un sentimiento... vamos, que no lo puedo resistir...

—Güeno, güeno; pos esto se ha rematao. Tú tienes que conformarte por encima de tó, porque sinó vás á dar con tus güesos en el camposanto, antes que se meta el verano. Si nos ocurrió aquella desgracia tan grande, bastante la hemos sentío en nueve ó diez años que lleva de fecha. Abora hay que hacer por vivir y darle munchas gracias á Dios, porque la cosa paró ande paró y no juimos nosotros también rulando por el rio abajo.

Ambos quedaron silenciosos algunos momentos, como si cada cual desenvolviera para sí los tristes recuerdos de aquella noche espantosa y memorable de la inundación, hasta que Matías, frotándose la frente con la palma de la mano, prorrumpió con visible amargura:

—¡Por vida de..!

—¿Qué es, Matías?—le dijo Damiana, no menos ensimismada en sus pensamientos.

—¡Qué ha de ser! Cuando me acuerdo de lo que bregué nadando por tó el soto como un león desenfrenao, con el agua dista las cruces de las moreras y tú dando alaríos en lo alto del terrero llamando á la zagala y yo sin ver señales de la cuna por dengún puesto, te digo que me se parte el alma y...

A Matías se le puso un nudo en la garganta que no le dejaba pronunciar una solâ palabra y

se salió disimuladamente al pátio, como si fuese á vaciar la hierba de sus animales, por no llorar delante de su mujer.

En esto llegó la noche con una placidez sublime para las almas dichosas; pero triste, muy triste para aquellos dos corazones que luchaban unísonos con las mismas penas y con los mismos sentimientos y la luna llena enviaba desde el cielo sus rayos argentinos, que iban filtrándose en el pátio de la casa de Matías, á través del emparrado, como sùtiles madejas de luz.

III

Damiana colocó en la replaceta del pátio una mesita que no levantaba media vara del suelo, aunque tenía otras mayores en su cocina; cubrióla con un mantel de algodón más blanco que la leche, sobre el que puso algunas viandas y dió principio la cena, en medio de un silencio sepulcral.

Como el camino corto pronto se andá, la cena terminó antes de un cuarto de hora y despues de rezar las oraciones de costumbre, preguntó Matías á su mujer:

—¿Han avisao de alguna parte para trebajar mañana?

—Yo no he faltao de la casa en to el dia y naide ha venío á preguntar por tí.

—¿Cómo están los capillos?

—A punto de desembojar cuando tú quieras.

—Pos entonces mañana mesmo qué estare parao, saldremos de tó.

—¿De tó?... Piensas también que se lleve el capillo á la frábica?

—Eso quería. Por la mañana muy trempano se puede hacer el desembojo; yo le pediré esta noche la burra á mi compaere Juanele y á las ocho poco más ó menos podemos estar en Murcia. ¿Qué te paece á tí?

—A mí me se figura muy bien.

—Pos entonces no hay más que arre que es tarde y al avío.

—Estamos conformes, Matías; pero yo quisiera pedirte un favor mu grande...

—Tú dirás, aunque ya me figuro lo que deseas...

—Mira, ya sabes con las ganas que vengo de sacar á la zagala que te dije y, la verdad, quisiera que de paso...

—La trayamos pa cá ¿no es eso?

—Si á tí no te sirve de enfao...

—¡Pero mujer...!

—Ascucha, Matías. Es la cuenta que yo me he hecho. Nosotros no teníamos ande caernos muertos y abora, gracias á Dios, vivimos tan rebien. Pos á mí no hay quien me quite de la cabeza que to esto viene dirigío pa que recojamos á esa muchacha.

—Güeno, güeno, se hará lo que á tí te paezca mejor y sea lo que Dios quiera.

— ¡Qué güeno eres, Matías! Ya sabia yo que no me quitarías este gusto. Verás como me se acaba el aburrimiento que tengo de estar siempre sola como un espárrago y cómo el Señor nos recompensa la obra de misericordia que vamos á hacer.

— En eso confio, Damiana, que por otra cosa no hay que pensar en traer á la casa bocas ajenas pa que se mueran de hambre.

Matías se marchó á casa de su compadre á pedirle la pollina para el dia siguiente y Damiana corrió llena de satisfacción á comunicarle á sus vecinas lo que habían decidido sobre la misericordiosa.

IV

Por la mañana muy temprano, antes del amanecer, bajaron á la entrada de la casa las hermosas bojas y dió principio la grata operación del desembojo, con la ayuda de algunas mujeres de la vecindad, que nunca faltan para estas ocasiones. Todas se pusieron en rueda sentadas en el suelo alrededor de las bojas que iban limpiando de capillos, para que Matías las sacara á un rincón del pátio.

Después de un cesto de los de cojer hoja se llenaba otro, hasta que en el cuarto de Damiana, sobre una sábana limpia tendida en el suelo, se hizo un montón tan grande, que era una hermosura. Por último, se embaló y se pesó la abun-

dante cosecha, terminando la faena con un almuerzo opíparo, dentro de lo que cabe en una gran fuente de tomates y cebollas en ensalada, con su pan y su vino correspondientes.

Aún no habían dado las ocho en el reloj de la Catedral, cuando entraron nuestros cosecheros en la fábrica grande de la Puerta de Castilla. Matías caminaba de pos en pos de la burra, sujetando por un extremo la sábana de esparto que constituía el embalage del capillo, para que la carga no se balanceara. Damiana iba un poco más atrás, con su pañuelo de la cabeza caído sobre los hombros, un canastillo de mimbres y cañas colgado al brazo y un varejón de morera en la mano, para arrear á la caballería.

Pesaron el capillo en una vâscula muy grande; le dieron á Matías una papeleta para que la entregara en la caja donde recibió con muchos reparos unos cuantos billetes del Banco de España, que supo guardarse con grandes precauciones en el bolsillo de su faja, y se internaron en la ciudad por la Plaza de Agustinas y calle de Cadenas adelante.

Ya habían convenido en el camino el modo de obtener la licencia para sacar á la misericordiosa. Según la opinión de Damiana, el asunto estaba resuelto con que hiciesen una visita á los amos á quienes estuvo sirviendo en sus mocedades y ellos se encargarían de todo.

A las gentes de la huerta nunca les falta en la

ciudad una buena casa donde acudir cuando necesitan influencias y relaciones. En este punto hay que reconocer con satisfacción que la aristocracia de Murcia fraterniza con los huertanos como en ninguna otra parte, continuando una costumbre muy antigua y muy cristiana, que vá de padres á hijos.

Hablaron pues, con la señorita y todo les salió á las mil maravillas. Una tarjeta con cuatro renglones fué lo suficiente para ver satisfechos sus deseos aquel mismo día, sin necesidad de esos trámites oficinescos que no suelen acabar en años enteros.

Damiana se puso loca de contenta, cuando se hizo cargo de la misericordiosa. Era esta una niña de diez ó doce años de edad, llamada Teresa, de rostro muy agraciado y de un carácter tan dulce y cariñoso, que se hacía simpática al primer golpe de vista.

En la huerta de Murcia es muy común que las mujeres profesen á los niños que sacan de la Misericordia un amor tan profundo como el que sienten por sus propios hijos. El desamparo y la infelicidad de los pobres hospicianos influyen seguramente en el desarrollo de tan humanitarios sentimientos, sin contar con la ayuda de la Providencia, que dirige las cosas de ese modo para que los niños desvalidos encuentren en las personas extrañas el calor que no reciben de los que les dieron el ser.

En el caso de Damiana concurre una circunstancia favorable que hace más acendrado el amor y la inclinación hácia la huerfanita, cual es la del exacto parecido con aquella inolvidable niña que le arrebató la inundación.

Aquel día se gastaron en las tiendas algunos pesos duros para vestir á la hospiciiana conforme á las costumbres del pueblo; después comieron por todo lo alto en un bodegón de la calle de la Palmera, y ya serían las cuatro de la tarde cuando salían de la ciudad, por la Puerta de la Traición, con rumbo á su domicilio. Matías iba montado en la burra del tío Juanele, sobre la sábana de esparto doblada encima de los aparejos, llevando delante á la niña, mientras Damiana caminaba detrás con su cara de pascua, su pañuelo caído sobre los hombros y su varejón en la mano.

La tarde no podía ser más hermosa; una de esas tardes incomparables del mes de Mayo, en que la huerta murciana ofrece por doquiera la brillantez de su cielo purísimo, la frondosidad de sus arboledas pintorescas y la esencia embriagadora de sus flores. Decir lo que gozó la pobre huerfanita en medio de este paraíso desconocido para ella, es punto menos que imposible, porque nadie sabe las emociones que experimenta la crisálida al abandonar su encierro, cuando se convierte en mariposa.

A la hospiciiana se le hizo en el «Cabecico»

una recepción extraordinaria. La curiosidad habitual de las mujeres de la huerta, hizo que aquella noche no dejara ninguna de las vecinas del pequeño barrio de visitar la casa de Damiana, por conocer á la misericordiosa, á quien asediaron con preguntas y más preguntas que ella contestaba con el mayor desparpajo, manifestando que no había conocido ni á su padre ni á su madre; que toda su vida estaba en la Misericordia y que solo iba algunas veces á llevarle frutas y golosinas un hombre muy viejo de la huerta, llamado el tío Bernardo, que la quería mucho.

Tanto Matías como Damiana tuvieron desde un principio gran interés en conocer al tío Bernardo, porque seguramente daría relación de la familia de Teresa; pero todas sus diligencias resultaron inútiles, hasta que un día del mes de Julio se presentó en el «Cabecico», montado en una pollina blanca, preguntando por la misericordiosa, uno de esos ya rarísimos ejemplares del huertano antiguo, que conservan todavía sus zaragüelles de lienzo, sus calcetas de punto hechas á mano, su faja encarnada, que por delante se le había resbalado hasta las ingles, y su montera puntiaguda de felpas, raida por el uso. Aquel hombre no era otro sino el tío Bernardo el de los Palacios del Rincón de Seca, el cual se enteró en la Misericordia de que su Teresiquia, como él la llamaba, había cambiado de domicilio y no gastó más tiempo que aparejar su platera,

cojer un canastillo de melocotones para la muchacha y encaminarse al Javalí-viejo, casi á la hora del medio día, sin reparar en el calor que calcinaba las piedras.

No hay que decir que tanto Matías como Damiana y la niña recibieron al tío Bernardo con grandes muestras de regocijo, que lo convidaron á comer en la casa con el mayor gusto del mundo y que hasta la borriquilla fué tratada con las consideraciones que merecía, por ser de quien era, proporcionándole fresco alojamiento en una sombra del pátio.

Al principio no se habló en la mesa más que de asuntos de la huerta. El tío Bernardo dijo que eso de conchabarse los fabricantes y compradores de capillo para imponer precios ruinosos era una picardía y que el aceite de oliva mejoraba las condiciones del pimentón, pero servía de capa á los adulteradores para hacer sus revoltillos. Y Matías se encargaba de darle la razón en todo, hasta que Damiana encaminó la plática hácia el anhelado tema de la misericordiosa, en su deseo de conocer la historia de la muchacha.

El tío Bernardo declaró entonces que no era pariente de la niña ni conocía á nadie de su familia, aunque la profesaba un cariño verdaderamente paternal.

—Entonces ¿de ande ha conoció osté á la zagala y cómo es que la quiere tanto?—preguntó Damiana al abuelo.

—Pos yo se lo diré á ostés ensegúa.

—¡Si supiera osté—interrumpió Matías—la gana que teníamos de conocerlo pa que nos contara to eso!

—Es una historia mu amarga que al tío Bernardo, que nunca ha tenío miedo á ná, le ha hecho llorar munchas veces. ¿Se acordais de la riá grande?...

Al escuchar esta pregunta, Matías y Damiana sintieron un vuelco en el corazón y contestaron con visible pena:

—¡Cómo no los hemos de acordar, tío Bernardo! ¡Si osté supiera!...

—Sí; las penas se repartieron aquella vez por parejo entre tuiquios nosotros.

--Tiene osté razón—contestó Damiana—pero siga osté pa lante, tío Bernardo.

—A eso voy. Pos aquella noche nos cogió á mí y á mi mujer, que en paz descansa, en una barraca que teníamos pa el verano en el soto de los Palacios. Como tanto ella como yo estábamos acansinaos á juerza de trebajar, nos queemos durmiendo mu tranquilos, sin sentir las cacolas ni el zumbío que traiba el agua. Yo no sé como fué ni como no, pero el caso es que cuando me vine á recordar me encontré abrazao al tronco de una morera, con el agua al cuello y con un temblor en tó mi cuerpo que daba diente con diente.

La probe de la tía Frasquita había desapareció

y me se figuró que en medio de la negrura de la noche vide la barraca entera dando voltetas por el rio abajo.

Entonces comencé á gritar como un desesperao, llamando á la probe de mi mujer, por si estaba agarrá lo mismo que yo en alguna parte; pero naide contestó ni una palabriquia. Allí no se oía otra cosa más que los truenos de las nubes y el zurrío que metía la riá.

Como Dios me dió á entender me juí corriendo de tronco en tronco pa llegar á unos chopos mu grandes que aún existen en la misma orilla del rio, con la enza de encontrar á la tia Frasquita, y á los pocos momentos de verme allí bien agarrao, mirando pa toas partes, debisé una cosa como una cuna que bajaba encima de las baldomeras y trompezó en uno de los chopos queándose paraica á mi mesmo lao. Yo entonces alargué una mano pa tentar lo que aquello era y... (me acuerdo como si lo estuviera viendo ahora mesmo), prencipió á llorar una criaturiquia con un llanto tan aflegío que partía los corazones.

Cómo me valí pa atravesar el soto con tanta agua y con tanta corriente, no lo sé; pero me figuro que jué cosa de milagro, porque yo me encontré al amanecer el dia en lo alto del terreno, con una zagaliquia en los brazos, de año y medio ú dos años, que me miraba con sus ojiquios de cerafin y se reiba, como si me diera las gracias por haberla salvao.

Si á mi mujer, que esté en gloria, no se la lleva la riá, lo que es la muchacha no sale de mi casa; allí la juéramos criaio con muncho busto, pero ¿qué iba yo á hacer con una criaturiquia tan pequeña estando más solo que la una del dia? Entonces le puse un hilo palomar en la muñeca con una apuntación diciendo que yo me la había encontrao por encima del agua y aquel mismo dia la llevó á la ínclusa una sobrina de mi mujer.

Luego me dijeron las monjas que por sí estaba ó no estaba bautizá le habían puesto Teresa, por el santo del dia de la inundación.

Dista entonces he estao á sus reparos y la he querío como á una propia hija; abora que la tienen ostés no les pido más que le dén güena crianza pa que sea luego nna mujer hourá de su casa y que la gocen muchos años y yo que lo vea también, dista que el Señor se acuerde de mí.

Damiana lloraba á lágrima viva escuchando la relación del tio Bernardo, y Matías no le fuera en zaga á su mujer si el dominio de sí mismo, propio de los hombres fuertes, no se sobrepuisiera al hablandamiento y flojedad que sentía en su corazón. En lo que ambos coincidían en aquellos momentos era en la idea de que la muchacha libertada por el tio Bernardo, pudiera ser muy bien la misma que ellos habían perdido en la noche de la inundación.

Damiana por su parte sigue creyéndolo así y

á ello contribuye el profundo y natural cariño que siente hácia la misericordiosa.

Lo cierto es que ambos esposos viven felices conseryando en su casa á la candorosa huerfanita y no cambiarían el placer que experimentan con ello, por todas las dichas y riquezas del mundo.





Los Auroros



I

Por la senda del regalicial, que atraviesa de Norte á Sur el partido de X, como una de las muchas servidumbres llamadas de herradura, que dejaron trazadas los moros en el plano de la huerta, caminaba Perucho Carrascoy, dando unos pisotones tan grandes con sus viejas esparteñas, que retumbaban en el silencio de la noche, como golpes lejanos de un batán.

Era este hombre un bracero de estatura gigantesca, complexión robusta y brazos de hierro, capaces de trasladar una montaña y tan fiel cumplidor de sus deberes profesionales, que cuando á él le faltaba trabajo, mal año para to-

dos los de su oficio, porque era señal evidente de que ninguno daba una legonada.

En cuanto á lo moral, Carrascoy pasaba por un alma de Dios, por uno de esos espíritus sencillos que conservan las buenas creencias de sus antepasados y no viven más que para su trabajo y para su casa; era, pues, lo que se llama un hombre de bien á carta cabal.

Con una mano sostenía un farolillo encendido, no tanto por librarse de los peligros de la obscuridad, como por seguir una costumbre estatuida hace muchos años entre los auroros de la huerta, y con la otra mano hacía sonar, con toques intermitentes y pausados, una vieja campanilla de bronce, cuyos acentos chillones iban á extinguirse en el fondo de aquella soledad.

De cuando en cuando abandonaba Carrascoy el sendero, cruzando estrechas márgenes y partidores de riego y poco después se oían los golpes que daba en las puertas de las viviendas y los gritos que dirigía sin reparo alguno á los auroros perezosos, si no se despertaban al primer aviso.

Era una de esas noches del mes de Abril, en que todavía es tan baja la temperatura, que no permite á las gentes de la huerta que duerman á la intemperie, como acostumbran en el buen tiempo, sino que el frío les obligaba á permanecer bajo cubierta, en la cama redonda del pajar, ó en los jergones pésimos que constituyen

el lecho en casi todos los hogares de la huerta.

También el despertador estaría de buena gana metido á tales horas en su pajera, donde aún se conservaban restos del calor de la trilla; pero la obligación contraída con la hermandad de la Aurora está por encima de toda comodidad y sosiego y no hay que pensar en otra cosa sino en levantarse todos los domingos á la una de la madrugada, para avisar á los despertadores de la feligresía y llevar la cadencia y el compás, con el tintineo de su campanilla, en esos coros poéticos y arrobadores de los auroros, que se anticipan á la salida del alba.

—Güeno juera—iba pensando Carrascoy por aquellos vericuetos—que yo también me queara en mi casa y que no se hiciera la despierta. Entonces le pediríamos los dineros al moro Muza y cuando allegue el día de la Virgen que no haiga pa el castillo ni pa el predicaor ni pa la música. Y si ínterin tanto se muere angún hermano de la cofradía le dirán las tres misas del Santo Cristo de las penas po allá po el ole y que el probe se achicharre en el purgatorio. Y luego, á la fin y á la postre, que de to esto tenga uno la culpa, por ser perezoso y cobrarle miedo á las madrugás.

Además—continuó pensando—que si á mí me dijieran ahora mesmo, pongo por caso, «Perete, entrega la campanilla al señor cura que te has queao de á pié y ya no sales más á cantar la salve por estos caseríos», coro que lo que yo en-

tregaba primero era la pelleja, porque me moriría de sentimiento. ¡Está uno tan acostumbrao!..

Yo me acuerdo mu bien de cuando era zagaliquio, que mi maire que esté en gloria tenía esta misma campanilla guardá como oro en paño en el rincón del arca y la sacaba algunas veces y la llenaba de agua pa que yo me la bebiera porque era tartajoso, dista que me se quitaron los trompezones de la lengua. Dimpués, cuando ya me fuí empinando, me levantaba y me venía con mi paire por estas mismas sendas, á cantar la aurora, aunque estuviera la noche más oscura que boca de lobo.

Tuiquios estos recuerdos los tiene uno tan clavaos en el alma, que pa mí son como el pan nuestro de ca dia y no me se olvidan así como así.

Dos herencias me dejó mi paire al morirse que deseo yo dejárselas á mi zagal y que sigan en la familia de los Carrascois dista la fin del mundo: el estante del paso de la Cena, que viene desde tiempos de mi tataragüelo y la campanilla de los despertaores, que he conocío en mi casa desde que tengo uso de razón.

II

Con estas y otras reflexiones por el estilo iba entretenido el bueno de Carrascoy, cuando llegaron á sus oídos los ecos de una guitarra, las coplas de la malagueña que cantaban los mozos del partido, el repiqueteo de las castañuelas y

las risas alegres de las muchachas, que á tales horas de la madrugada se divertían, fuera de toda costumbre y recogimiento, por aquellos oscuros andurriales.

Perete detuvo el paso un momento, aguzó el oído como un galgo y cuando se hubo orientado acerca del paraje de donde venía la parranda, afirmó sin vacilar:

—Ya sé lo que es; al nene el naranjero se le ha muerto un zagaliquio, que lo tenía con ferecía. Cuando yo lo vide esta tarde me paeció que estaba dando las últimas boqueás, aunque tanto él como ella seguían muy esperanzaos. A los paires se les pone una venda en los sentíos que no les deja ver la gravedad de sus hijos; pero lo que es á mí no me marró el ojo. La verdá es que pa estar viendo padecer á la probe criatura, más vale que Dios lo haya despenao.

Entonces apretó un poco la marcha, dirigiéndose á la casa del naranjero, la cual se oculta en un extremo del partido, bajo la sombra de una olma secular, de las que todavía se conservan en la huerta de Murcia algunos hermosos ejemplares, de la época de los moros. Todo el terreno que cubren sus enormes brazos abiertos en forma circular, sirve de ancha replaceta á la escondida vivienda y en el tronco agrietado y carcomido por la acción de los siglos, apoya el naranjero sus haces de cañas, el horno de cocer el pan, las rústicas hornillas para guisar al aire

libre y algunas otras construcciones de barro y atobas, que completan las dependencias y accesorios de una casa de labranza.

En medio de la entrada, sobre una mesa de cocina cubierta con un paño blanco, yacía el cuerpecito exánime de un niño que solo contaba unos cuantos meses de edad, con la cabeza reclinada en la misma almohada de la cuna que le sirvió para sus sueños angelicales; amortajado con un sudario de záfiro de color de cielo; las manos cruzadas sobre el pecho, en actitud piadosa; los labios entreabiertos, como si le hubiese sorprendido la muerte en el momento de modular una sonrisa; los ojos cerrados por las propias manos de su madre y sepultados en sus pequeñas órbitas, y la pálida frente ceñida con una corona de rosas del Borneo. Todo el tablero de la mesa estaba cubierto de geráneos y pensamientos, como si el pobre, ó mejor dicho, el venturoso niño, durmiera el sueño de la muerte sobre un lecho de flores.

Muy cerca del muertecito se veía á la joven y afligida madre, sentada en una silla, con sus rubios cabellos en desórden, la cabeza caída sobre el robusto pecho, envuelta en un mantón de abrigo y los ojos cansados de tanto llorar, aguantando en silencio el dolor que devoraba su alma y oyendo con amarga resignación las frases de conformidad y de consuelo que su marido la dirigía desde un rincón de la cocina, donde pasaba

no menos angustiado aquella eterna noche de velatorio.

La media luz de un candil enganchado en el tinajero que aparece á mano izquierda de la entrada, bajo la bóveda de la escalera, con sus lejas atestadas de loza y cristal, iluminaba el fúnebre cuadro, imprimiéndole cierto colorido de profunda melancolía.

En el exterior de la casa, debajo de la olma, cambiaba por completo la decoración, contrastando de modo lamentable y repulsivo, las alegrías de afuera, con las tristezas de adentro.

La noticia del fallecimiento del niño del naranjero circuló aquella tarde como un relámpago, por los cuatro vientos del partido y la gente joven se dió cita en la casa mortuoria para pasar una noche de diversión á costa de tan sensible desgracia, sin tener en cuenta para nada el dolor que afligía á los desconsolados padres.

Poco antes de las ocho empezaron á llegar las familias del vecindario, predominando los mozos y las mozas, que iban provistos de guitarras y castañuelas; en la fachada de la casa se colocó un quinqué de pared como una iluminación de fiesta; todas las sillas del naranjero se sacaron á la replaceta, donde la gente joven, ávida de bullicio, formó ancho círculo, después de haber proferido mil lástimas alrededor del muertecito; luego se oyeron los primeros compases de la guitarra y la primera copla del huertano y por últi-

mo, dió principio la velada con un golpe de baile que daba la hora, según el común sentir de los testigos presenciales.

Las tandas de malagueñas se sucedían vertiginosamente; unas parejas eran relevadas por otras parejas, hasta que no quedó muchacha en el corro que no hiciese alarde de sus habilidades de bailadora, con mil variaciones ó mudanzas. En los ratos de descanso, se divertían con los juegos de prendas ó bien escuchando chascarrillos, no siempre admisibles y cultos. Así transcurrieron algunas horas, hasta que las madres de las muchachas concluían por dormirse, ó por retirarse al interior de la vivienda, dando al traste con la vigilancia que ejercen de ordinario sobre sus hijas, y entonces se convirtió la reunión en algo así como un berengenal, donde iban manga por hombro ciertos respetos y miramientos de la juventud.

Lo extraño es que á las muchachas de la huerta se les deje la soga larga, en noches de velatorio, sin temores ni precauciones de ningún género, cuando todo el año viven esclavizadas dentro de sus casas, sin que les sea permitido ir solas ni al portal de la calle; cuando se les censura hasta el simple hecho de que pasen por la puerta de la casa del novio, y cuando no pueden sostener conversación con los hombres si no á presencia de la familia. La tal costumbre es sin duda una reminiscencia de aquellos usos antiguos,

cuando todo el mundo vivía á la buena de Dios en este paraíso del Segura.

Al llegar Carrascoy á la ancha replaceta de la olma dió inútilmente los buenos días, porque nadie se apercibió de su saludo á causa de la algazara que sostenían los mozos y las mozas; en el portal de la calle dejó el farolillo encendido, contribuyendo con sus débiles resplandores á iluminar aquella jaula de locos; sujetó la campanilla por el badajo para que no sonara y se introdujo en la vivienda del naranjero.

La mesa donde reposaban los restos del malogrado niño debió parecerle un altar y la entrada de la casa un santuario, el santuario de la muerte. Su primera intención fué la de quitarse el sombrero y estuvo algunos instantes indeciso, si se descubría ó no, con la mano subida á la altura de la cabeza, hasta que el naranjero le saludó y le invitó á que se sentara á su lado, en uno de esos poyos corridos, de obra, que suele haber en las cocinas de la huerta.

—Con que el zagal al cabo la ha hecho!—dijo Carrascoy en tono lastimero, acomodándose á las circunstancias.

—Ya lo estás viendo—repuso el naranjero á media voz.—Ayer tarde al perderse los claros, un rato después que tú salieras de la casa, se torció de repente y se nos queó como un pajariquio.

—Pos mira, tanto á tí como á esa sus acompañño en el sentimiento...

—Dios te lo pague, Carrascoy—contestó la mujer del nene entre suspiro y suspiro.

—Y dichoso él que á estas horas, que güenas sean, está gozando de la gloria.

—Sí que es verdad, Carrascoy—continuó la mujer del nene—pero yo hubiera querido que Dios me dejara á mi hijo, que no tengo otro, y era la alegría de mi casa. ¡Y tanto como yo me he desvelao por él!

—Ese consuelo te quea, hija mia. Y lo pues decir muy afuerte, porque lo sabe toa la vecindá, que tu zagal como bien asistió no ha habío otro en estos alreores.

—Eso sí que es verdad. No me quea ningún regomello por esa parte. Toas las merecinas que nos quearon de cuando las calentúras de mi hombre, se las ha tomao mi probe hijo como una presona mayor. Luego lo vido la tia majuja que entiende tantísimo, y le estuvo dando pasás por la barriguiquia con un ingüento que era cosa santa. Dempués al camino de Alcantarilla ca ese que dá la mopatía, y de chocolate y de limoná y de bizcochos, y de tó lo nació, dista que se lo dejaba de sobra.

Y pa que no queara ná por hacer, ayer mesmiquío, por la tarde, viendo yo el cuento mal parao le dije á este: «Mira, nene, al zagal lo encuentro muchísimo malo ¿no te paece que trayamos al méico?» Y sin más arrodeos picó pá Murcia á buscar á D. Claudio y mira que esgraciao

ha sido este pobre hijo dista la última hora, que antes que su padre allegara á la cruz del camino, le dió una cosa así en el galillo que no podía resollar y en un decir Jesús.....

La mujer del naranjero rompió en amargo llanto por centésima vez y tanto su marido como Carrascoy redoblaron sus esfuerzos para tranquilizarla, teniendo precisión de hablar muy alto para entenderse con ella, en medió del tropel de gritos y relinchos que venía de la calle.

III

Midiendo las distancias á uso de la huerta, diremos que á un tiro de bala de la casa del nene, se levanta la ermita de la feligresía, entre frondosas arboledas de naranjos y frutales, con sus muros recién enlucidos y contornados de anchos fajones azules, y su espadaña puntiaguda en el centro de la fachada, como un dedo que está señalando al cielo. Inmediatos al santuario se ven otros tres edificios que forman con la ermita una pequeña replaceta, en la que desemboca la senda del regalicial, para seguir después su trazado de rectas y curvas, de ángulos y recodos, por entre las baldizas de los huertos y los trigos á medio espigar.

Sobre la puerta de entrada de la más humilde y más pobre de estas viviendas, se abre una tronera que en la mente del albañil que la hizo debió ser un óvalo perfecto para dar luz y ventilación

á las cámaras: pero sin duda al ejecutar su proyecto tuvo la desgracia de que le saliera un ciempiés. Por este hueco irregular y deforme asoma la punta de un viejo asta-banderas, denunciando vergonzosamente que aquel chirivivil está consagrado á la educación de la infancia. En la casa más próxima á la ermita, no menos rústica y humilde que la escuela, vive el señor cura rector, viniendo á completar el rectángulo de la plaza, una hermosa construcción de dos pisos, con rejas y balcones á los cuatro vientos, donde el tío Saura tiene establecida la mejor taberna que existe en aquellos alrededores, con su aliciente de estanco de tabacos y despacho de comestibles.

Ya tenía el tío Sáura de par en par las puertas de su tienda, porque los domingos madrugaba mucho para hacer su negocio con los feligreses del partido que acuden é misa primera, cuando los auroros se reunieron en la placeta, para dar principio á sus albos cantares.

Componían este orfeón *sui generis* hasta una docena de huertanos fervorosos, de la clase de humildes jornaleros, á quienes no les guiaba otro fin que ayudar con el producto de sus cantos al culto de la Virgen, siendo falsa de toda falsedad la especie propalada por varios descreídos, asegurando que la mayoría de los cantores no madrugan por verdadera devoción, sino por tomar á mañana á costa de la cofradía, que pasa en sus

cuentas una copa semanal de aguardiente para cada uno y una merienda para todos al cabo del año.

Estos enredos de la maledicencia huertana le costaron á Carrascoy más de un sério disgusto, porque encima de que no le gustaba la bebida, aún se le atribuían no sé cuantas madrugadas de borrachera.

—Si valiera mi voto—decía aquella mañana hablando con sus compañeros—se quitaba eso del aguardiente dista ahora mesmo, porque ninguna necesidá tengo yo de que naide me critique, sin motivo.

—No hagas caso de las hablaurías que corren por ahí—contestó el tio Sáura que se encontraba con ellos.—Eso lo remueven cuatro envidiosos que no tienen quien les pague una perra y no pueden ver que vusotros se esteis regodeando con los dineros de la cofradía.

—Esa es la pura verdá—afirmaron tres ó cuatro auroros á un mismo tiempo.

—¡Pos... claro! ¿Si sabré yo del pié que cojea ca uno en este partío? Vaya, caballeros, pasar pa lante que á los que cantan como vusotros se les reseca el galillo demasiao y por eso reza el lechanís en el libro de la cofradía, que tiene el señor cura.

Entraron, pues, en la taberna y cada cual trasegó al estómago su copa de amílico, menos Pe-

rete Carrascoy que hubo de tomar un poco de limonada gaseosa.

Preparada la gente con esta temprana livación, se salieron todos á la calle, dirigiéndose en primer lugar á la puerta del señor cura, donde formaron estrecho círculo, quedando Carrascoy en el centro, como director de orquesta, con su campanilla preparada. Después de algunos golpes de tós para templar las cuerdas vocales, entonaron una salve tan cadenciosa y tan bella, que era lo que había que oír. La oscuridad de la noche, la soledad de la huerta y hasta el fulgor de las estrellas próximo á extinguirse con el alba, contribuían á dar mayor sublimidad á aquellas estrofas poéticas.

Terminado el primer número corriéronse á la casa del señor Maestro, siempre acompañados del farol de Carrascoy y del sonido de la campanilla. Allí se dividió la pandilla en dos grupos, figurando en uno las voces agudas de típles y tenores y en el otro las de barítonos y bajos, para entonar otra canción por estrofas dialogadas, que resultó verdaderamente deliciosa y arrobadora.

Los auroros pasaron de largo por la tienda del tío Sáura, que jamás había querido cantinelas, como él decía, por no aflojar la limosna y se dirigieron por la senda del regalicial, entrando y saliendo en todas las casas que hay á derecha é izquierda. En las viviendas que guardaban luto se

cantaba la salve de difuntos ó se rezaba simplemente un Padre nuestro y Ave María, por el eterno descanso del finado, como hicieron en la casa del naranjero, donde no les pareció bien el canto, á pesar de la bulla que seguían metiendo los del velatorio.

IV

Con los primeros reflejos de la aurora empezaron á teñirse de arreboles violáceos y purpúreos los celajes de Oriente y en este momento del sublime despertar del día, resonó por todo el partido el primer toque para la misa de alba. Las familias del velatorio, rendidas por una noche infernal, abandonaron la casa del naranjero, dejando en el mayor desorden la replaceta de la olma; los auroros concluyeron la despierta y poco después, todos los feligreses del partido de X, se congregaban en la ermita para cumplir con el primer mandamiento de la santa Madre Iglesia, menos el tío Sáura que permaneció en su taberna, echándole agua al vino para que no se marearan los bebedores domingueros y humedeciendo el bacalao para que las mujeres pudieran partirlo con más facilidad.

Terminada la misa, Carrascoy se dedicó sin perder tiempo á recaudar la limosna de la despierta; á continuación del toque de alba hizo la campana de la ermita la señal para el enterrete y poco después caminaba por la senda del rega-

lial un cordón muy largo de huertanos de todas edades y condiciones, siguiendo el pequeño ataúd del niño del naranjero, que cuatro muchachos del partido conducían hácia el camposanto, á los comienzos de un día primaveral, radiante de luz y de hermosura y entre los bellos esplendores de una vegetación maravillosa é incomparable.





El pan de la caridad



Á mi respetable madrina la Excelentísima
Sra. Marquesa de Villanantilla de Perales.

I

Jamás se ha conocido en la huerta de Murcia un temporal de lluvias tan copioso y tan largo, como el que acaeció el año 189..., que duró todo el santo mes de Febrero y parte de Marzo, paralizándolo en absoluto las faenas agrícolas, con grave daño de miles de familias jornaleras, que perecían de hambre por falta de trabajo.

Aún se ven en algunos parajes de la huerta, singularmente en las orillas de los caminos y en los quijeros de las acequias, pequeños egidos y rinconadas, donde se levantaban entonces muchas viviendas de braceros, construidas por ellos mismos con barro y atobas, que se diluyeron

en los días del temporal como la sal en el agua, para no verse reedificadas en toda la vida.

Entre los que más sufrieron los estragos de la necesidad, se encontraba la familia del pobre Juan, que era un jornalero inteligente y laborioso, hecho lo mismo á los trabajos de la huerta que á los del campo, á diferencia de la mayoría de los colonos que no saben abrir un hoyo de viña ni arreglar una mota de oliveras.

Más de treinta días de lluvias incesantes, más de treinta días consecutivos sin trabajo y sin jornal, habían sumido en la mayor miseria á su numerosa familia.

En un rincón de la barraca estaban arrumbados y enmohecidos por la humedad, el pico de abrir hoyos en el campo; la azadilla, recién preparada para la próxima escarda; el capazo recosido con cabos de esparto, que le servía para amontonar abonos, y todos los demás utensilios necesarios á un jornalero diligente y trabajador. Juan miraba con verdadera lástima aquellas herramientas paradas, que si bien eran por un lado el martirio de sus brazos que las manejaban, constituían por otro la vida de su familia y el único sostén de la casa.

En otro rincón, mal guardado de las goteras que se rezumaban en abundancia por las siscas y cañas tejidas de la angulosa y desmantelada techumbre, se veía la familia del trabajador, compuesta de Ginesa su mujer y cinco hijos peque-

ños, formando apiñado círculo en torno de una poca leña humeante é incombustible de puro recalada. La noche había cerrado con temporal, imponente y obscura, sin que hubiera en aquella vivienda un pedazo de pan ni un puñado de harina para que cenaran los pequeños.

El padre de aquellos pobres niños se devanaba el cerebro buscando y recordando una mano caritativa que pudiese socorrerle; en vano desflaban por su imaginación todas las personas pudientes y humanitarias del pueblo; ni una sola encontraba que no le hubiese prestado algún amparo en los veinte días transcurridos de generales apuros.

Ginesa entre tanto, procuraba acallar á los muchachos con los únicos recursos que tenía para darles, con demostraciones de cariño, con promesas de traerles pan enseguida, con simples esperanzas.

—No encuentro á naide á quien pedir esta noche, Ginesa—murmuró el pobre Juan, sumamente abatido, clavando su mirada con desesperación en aquellos seres extenuados y harapientos.

—To sea por Dios. ¿Por qué no buscas al señor Antonio?—contestó su mujer.

—Porque me ha socorrío ya tres veces y no debo abusar.

—Él se hará cargo de nuestra situación.

—No: al señor Antonio no lo incomodo.

—Entonces pídele al señor Cura.

—Probe señor. En cinco noches me ha dao cinco panes pa nuestros hijos.

—¡Ah! Eso no importa; el señor Cura es tan caritativo que de seguro te dará si le pides.

—Harto tiene con tos los probes del pueblo. Yo creo que si la cosa sigue como vá, este invierno se quea hasta sin sotanas.

—Es cierto... ¿Qué vamos á hacer, pues?

—Yo no lo sé. La cara me se cae de vergüenza de tanto pedir y tanto molestar.

—Hay que tener pacencia, Juan.

—De ver á estas criaturas sin comer en to el dia; de ver que no encuentro medios y que estoy empeñado con to el mundo, me desespero. Esto es irresistible. ¡Voto á...!

Y aquella musculatura de acero se rétorcía con desesperación, y aquellas facciones alegres y serenas en las temporadas de trabajo, se obscurecieron con el velo de una angustia suprema; y aquella lengua siempre decorosa y honrada se desató en frases de locura, que jamás había pronunciado.

Los muchachos rompieron en amargo llanto, poseidos de su desgracia y Ginesa sostenía en su corazón una lucha horrible ante el conflicto que amenazaba.

Cuando el hombre cae vencido en las luchas de la vida, corresponde á la mujer el punto de mayor peligro en el combate. Ginesa estaba en el caso de cumplir con sus deberes.

Existe en el corazón de la mujer un sentimiento tan poderoso que la infunde valor sobrenatural en las grandes vicisitudes, que la ilumina con resplandores divinos y la prepara y la dispone á los mayores sacrificios; es el sentimiento religioso; la fé, la esperanza y la caridad que animan la existencia y fortalecen el espíritu. A este poderoso baluarte contra todas las desgracias humanas, acudió Ginesa en aquellos momentos de apuro.

—No te desesperes —le decía á su marido con la mayor dulzura. —Acudiremos á la Providencia divina que es el consuelo de los desgraciaos. Mira, Juan, tú te queas un momento con los zagales.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy á salir un instante...

—Eso no te lo premito con la noche que hace.

—No importa. Me dá el corazón que nuestros hijos tendrán cena.

—Pero ¿ánde vás á esta hora?

—Ya te lo diré, güelvo presto.

—Dime lo que intentas y yo saldré en tu lugar.

—No; espérame.

—Ginesa...

—Mamá... mamá...

Ginesa salió á la calle y las voces de Juan y de sus hijos fueron á perderse en los espacios.

II

Mientras en la barraca de Juan sucedía todo

esto, el señor cura del partido se encontraba en su modesto despacho, entregado á muchas y muy penosas cavilaciones.

En los veinte dias anteriores de completa paralización de trabajos agrícolas, no solo distribuyó entre los pobres del caserío sus escasos recursos, sino que contrajo por añadidura algunas deudas de consideración en las tiendas de comestibles, sin que todo esto bastase para remediar el mal por completo. Entonces solicitó el apoyo de cierto caballero llamado D. Inocencio de Avalos, amante hijo de la feligresía, el cual salió aquella misma tarde para la ciudad, sin curarse de la lluvia ni del mal estado de los caminos, con el santo propósito de recojer, entre las personas pudientes y caritativas de su amistad y confianza, algunos donativos ó limosnas para los necesitados. Pero las horas de la tarde transcurrieron muy pronto y cerró la noche tempestuosa y siniestra, sin que regresara don Inocencio, en quien el señor cura tenía puestas todas sus esperanzas.

—Si no viniera este hombre—se preguntaba el atribulado señor—¿cómo remediaré yo esta noche á los pobres de la parroquia, no teniendo absolutamente nada para darles?

Poco después empezó á oirse en la calle el chapucear de pasos que se aproximaban á la casa del señor cura; era un cordón de jornaleros desvalidos y mujeres harapientas y estenuadas,

que acudían, como todas las noches, en el secreto de la obscuridad, en demanda de un bocado de pan para sus hijos. El bondadoso párroco los iba recibiendo á todos, con grandes muestras de lástima y compasión y más de una vez se le arrasaron los ojos de lágrimas con el triste relato de sus necesidades.

A falta de otras resoluciones fué apuntando en una hoja de papel los nombres de aquellos infelices, sin omitir la familia que tenía cada uno y hecho esto, los iba despidiendo cariñosamente.

—No tengo en casa ahora mismo—les decía—ni un bocado de pan ni una sola moneda de cinco céntimos; pero tened confianza en la divina misericordia de Dios que vela por todos y volved por aquí al toque de ánimas.

Y los pobres trabajadores fueron saliendo del despacho del señor cura. Unos iban envueltos en sus mantas raidas y hechas mil girones y otros cubrían su cabeza con un saco puesto en forma de capucha que les caía por la espalda para resguardarse de la lluvia.

Transcurrió un buen espacio de tiempo sin que D. Inocencio diera señales de vida y el pobre señor cura empezó á sentir los efectos de una inquietud suprema. A cada momento consultaba su reloj de pared y siempre le parecía que las agujas estaban inmóviles. Los minutos se le figuraban siglos. En un cuarto de hora se asomó á la puerta de la calle más de veinte veces y

solo el gemir del aguacero contestaba á sus mudas investigaciones.

Entonces dióse á pensar de nuevo en el pavoroso problema de los socorros de aquella noche de completo agotamiento y dandole vueltas seguía, paseando maquinalmente por la habitación, sin obtener una fórmula tranquilizadora, cuando percibió el lejano rodar de un carruaje que fué aproximándose hasta la puerta de su casa. Los dos polos opuestos, el de la confianza y el de la duda, chocaron entonces en el fondo de su alma, produciéndole cierta ansiedad temerosa é indescriptible.

Ya eran cerca de las nueve cuando el señor cura vió á D. Inocencio entrar en el despacho, con la sonrisa en los labios, como prueba de satisfacción. La alegría que revelaba su semblante se transmitió como una corriente eléctrica al corazón del bondadoso párroco y un abrazo espontáneo y fraternal fué el mudo testimonio del gozo que ambos experimentaban en aquellos instantes.

—¿Qué tal el viaje, amigo D. Inocencio?— empezó por preguntar el señor cura.

—Si hemos de hablar de la caminata de esta noche, le diré á V. que no ha podido ser más deplorable. Ni las águilas, señor cura, pueden salir por esos caminos.

—Tiene V. muchísima razón. Se necesita ser

un héroe ó un santo para hacer lo que V. ha hecho.

—No diga V. semejante cosa, señor cura. A eso y á mucho más está uno acostumbrado desde que era muchacho.

—Sin embargo, hay que reconocer...

—¡Cá! No, señor. Esto no representa ni un ápice de sacrificio. Si tuviésemos una peseta de cada vez que he recorrido yo ese camino á pié siendo estudiante, en días de lluvia como el de hoy, habría seguramente para darle á nuestros pobres una buena propina.

—También digo ahora que tiene V. razón.

—Cuanto menos que hoy he ido y he venido en tartana, como un caballero principal. De otro modo no hubiese llegado aquí en toda la noche.

—Seguramente. ¿Y qué tenemos? ¡Parece que viene V. muy satisfecho!

—Y con sobrada razón, mi querido señor cura.

—¡Gracias á Dios! ¡Si supiera V. cuánto me alegro!

—El viaje ha sido coser y cantar. Aquí encajan muy bien aquellas palabras del Cesar romano, cuando escribió á los suyos desde las Galias: *veni, vidi, vici*.

—¡Magnífico, hombre, magnífico!

—Recordará V. que le hablé de la Sra. Marquesa de X y de su inagotable caridad.

—Sí, señor; sí, señor.

—Pues no hice más que dirigirme á su casa y en el acto me recibió en un gabinetito de confianza, donde trabaja todos los días como cualquiera mujer obrera, para dar buenos ejemplos de laboriosidad á sus hijas y á sus servidores.

Le expuse el objeto de mi visita, describiéndole el cuadro de la desolación que reina en este caserío, con todos sus negros y conmovedores detalles. La Sra. Marquesa supo que hay aquí muchos niños que no se alimentan como la caridad no acuda á socorrerlos y que son numerosos los padres de familias hambrientas que se hallan al borde de la desesperación.

La noble señora escuchó mi relato con lagrimas en los ojos y hasta me dió pruebas de agradecimiento por haberle proporcionado ocasión de poner en ejercicio sus excelentes y humanitarios sentimientos.

—¡Qué alma tan grande, mi querido amigo!

—Y sin pedir más explicaciones me dió este encarguito para los pobres de la parroquia.

D. Inocencio se desabotonó el amplio gabán que le cubría desde las orejas á los talones y puso sobre el escritorio del señor cura hasta quinientas pesetas en billetes del Banco de España.

El señor cura no se cansaba de bendecir el generoso desprendimiento de la Marquesa y Don Inocencio le hacía coro, prodigando toda clase de elogios á la aristocrática dama.

—No hay tiempo que perder, insinuó el señor

cura rector, mientras recontaba el importante donativo.

—Ahora mismo hemos de adquirir todo el pan que haya en las tiendas del vecindario y toda clase de comestibles. El caso es que esta noche no falte cena á ninguno de nuestros necesitados.

Apesar de la lluvia, se hicieron las compras indispensables. Sonó el toque de ánimas y los pobres acudieron á la casa parroquial, donde fueron espléndidamente socorridos. Solo una familia quedó por atender, que no aparecía en la relación del señor cura; era la de Juan el de la barraca que no se había presentado aquella noche.

Notólo D. Inocencio y enseguida le dijo al señor cura:

—Eso tiene remedio. Pongamos en una cesta el pan y los comestibles necesarios y yo mismo se los llevaré en un instante.

El señor cura no impugnó la proposición de D. Inocencio, porque estaba seguro de que no había de hacerle desistir de sus nobles propósitos. Las buenas obras resultan más laudables y meritorias, á medida que exigen mayores sacrificios por parte del que las ejecuta.

III

Muy cerca de la barraca de Juan se levanta la ermita del Paso, en la parte más elevada del pueblo, como para indicarnos que lo religioso y lo divino están siempre por encima de las malas

pasiones y miserias del mundo. En este apartado santuario, donde se venera hace siglos enteros la imágen de la Soledad, han encontrado su término muchos dolores profundos del corazón y han sido dulcificados con la esperanza y la conformidad, muchas amarguras y muchos infortunios.

Allí, en el camarín del altar mayor, se distingue, á la débil luz de una lámpara, por los enrejados de las puertas, la augusta imágen de la Virgen, con su rostro divino, lleno de amor y de tristeza y los brazos siempre abiertos para recibir á los afligidos. Allí acudió, pues, la pobre Ginesa, sufriendo el rigor del aguacero, desafiando las quimeras de la obscuridad y los peligros de la noche, á postrarse de hinojos en los portales de la ermita, con la mirada puesta en el rostro de la Virgen y el pensamiento en el cielo; á rezar con el corazón y á derramar abundantes lágrimas que la lluvia, empujada por el viento, barría de sus mejillas.

Así permaneció largo rato en oración ferviente para que la Virgen la oyese, hasta que, no pudiendo sufrir por más tiempo el rigor del frío, se incorporó de su larga postración, sin saber qué camino tomar, pero llena de fé y esperanza.

IV

En aquel momento de indecisión cruzaba por entre los olivos que adornan la plaza de la ermita un bulto negro, una sombra enmedio de la

obscuridad, que se dirigía hácia la barraca de Juan. Era el bueno de D. Inocencio que al entregar al marido de Ginesa algunos panes y comestibles, le dijo con el mayor cariño:

— Cuando falta el pan del trabajo en la casa del pobre, está Dios en el cielo para enviarle el pan de la Caridad.





El ese de los pimientos



Al respetable y acreditado Gremio de exportadores de pimentón de la Huerta de Murcia.

I

Estamos en los primeros días del mes de Enero, cuando el tiempo es más crudo en la huerta de Murcia, cuando amanecen las hojas de las plantas abrigadas por la escarcha y cuando el pelacañas del Norte sopla como legión invisible de saetas de hielo; sin embargo Rosendo Cascaquilla no experimenta los rigores del frío, como si la blusa de algodón azul que cubre su cuerpo fuese una coraza invulnerable contra las inclemencias del invierno.

Vedlo sinó por la mañana temprano al apuntar el día en medio de sus bancales, cortando la

tierra para hacer la almajara, con el sombrero en la orilla de un margen y con las piernas y los brazos arremangados, como en uno de los mejores dias de primavera. Ya roza en los quijeros de la acequia lindante unos cuantos haces de cañas de las más resistentes y ya las vá clavando bien unas junto á otras en la línea de los hoyos, formando el esqueleto de la cobija que ha de resguardar, contra los vientos y los frios, las tiernas plantas de los pimentones.

Cuando llegó su mujer con el obligado plato de gachasmigas para el desayuno, tenía el rústico armazón tapizado de alcanzabas y carrizos, de modo que no se filtra por allí ni un suspiro de viento. La cobija de Cascarilla se inclina amorosamente sobre los hoyos donde ha de germinar la simiente, sosteniéndose en varios troncos de girasol puestos de trecho en trecho á manera de puntales.

A la descubierta del bancal sopla el viento frio, cimbreado las ramas desnudas de las moreras; pero al amparo de la almajara se disfruta una calma deliciosa y se reciben de cara los templados rayos del sol. Allí se tiende en el suelo el mantel del huertano y allí dá principio y fin el almuerzo, amenizado con las historias viejas que Rosendo cuenta á su mujer, sobre el negocio de los pimentones.

Entonces aprendió Socorro, que el *ese*, como decía su marido, de criar los pimientos, lo intro-

dujeron en la huerta de Murcia los frailes Gerónimos y no los moros de la morisma, como ella creía.

En el lugar de la Ñora fué donde se inició el nuevo cultivo y de este pueblo salieron los primeros arrieros con sus recuas cargadas de pimentón, de bolas y de cáscara, paseando los zagüelles murcianos por toda la península, para establecer el uso de la nueva especia.

Algunos llevaron su comercio hasta las costas del Cantábrico y en los pueblos vascos de Eibar y Elgoibar adquirían armas de fuego para importarlas clandestinamente. La mayor parte de los trabucos y pistolones de chispas que camparon por sus respetos, en las tierras de Murcia, á fines del siglo XVIII y á principios del XIX, cuando el bandolerismo llegó á su mayor desarrollo, procedían de los arrieros de la Ñora, debiendo atribuirse á esta causa la mala fama que disfrutaron los ñorenses en aquella época. Después fué este pueblo redimido por la educación, bajo la influencia de un maestro de escuela, verdadero apóstol de la cultura popular, y la sociedad le hizo justicia, reconociendo y alabando sus indiscutibles adelantos.

Los arrieros de la Ñora regresaban de sus largas expediciones en vísperas de Navidad, con los bolsillos repletos de onzas de oro, porque entonces se lograban ventas muy lucrativas, ó con sus bestias cargadas de matalauva de Anda-

lucía ó de garbanzos y piñones de Castilla, que despachaban con pingües beneficios en las abacerías y mercados de la ciudad.

Después se extendió el cultivo de los pimientos por toda la huerta, hasta convertirse en una de las más ricas producciones; las líneas de ferrocarriles dieron al traste con la antigua institución de los arrieros y el pueblo de la Ñora, que había conseguido que en toda España se conociesen los pimientos con los nombres de ñoros y ñoras, perdió su influencia comercial pimentonera, sobre cuyas ruinas se levantaron las primeras casas exportadoras de Murcia y Espinardo, dando origen después al importante y acreditado Gremio que abastece en nuestros días todos los mercados del mundo.

II

Rosendo Cascarilla había sido mozo de mulas en su juventud. Cuando salió de quintas, contrajo matrimonio con una criada de la misma casa llamada Socorro, á quien sus amos distinguían por sus excelentes condiciones de mujer trabajadora y hacendosa.

Con las pequeñas economías del salario, se hicieron de media docena de sillas de morera y demás trastos indispensables y el amo les cedió en subarriendo un par de tahullas para que tuviesen un rincón de tierra donde trabajar y buscarse la vida, porque los quería como á hijos.

En la huerta, lo mismo que en la ciudad, no se dejan nunca en el desamparo á los buenos servidores.

Después de recoger una hermosa cosecha de panizo, Rosendo y Socorro que siempre iban de común acuerdo como buenos consortes, decidieron poner las dos tahullas enteras de pimientos, esperanzados en que el año tenía que ser bueno, por el solo hecho de haber sido malo el anterior.

—Esto es como el que echa á la lotería—le decía Cascarilla á su mujer.—Nos vamos á empeñar dista las cencerretas pa salir alante con los pimentones; pero si son güenos, te digo yo que el remiendo de pesos duros que le echamos á la casa vá á ser de primera.

—¿Y si salen malos, Rosendo?—Respondió la mujer, con esa triste desconfianza que engendran los reveses de la fortuna.

—Entonces no hay más que liarse la manta á la cabeza y barajar y tener pacencia.

Apesar de estas dudas que anidan como eternos parásitos en el corazón de los labradores, el acuerdo se tomó en firme y ya hemos visto á Rosendo en sus bancales haciendo los preparativos de la almajara.

Hecha la siembra con el mayor esmero y cubiertos los hoyos con una capa de albardín, para evitar la acción de los frios y el espulgo de los pájaros, se encargó Socorro de los cuidados que

lleva consigo la cria de la planta, por ser más propios de mujeres; que de hombres y todos los días por mañana y tarde visitaba la almajara, entreteniéndose en limpiarla de insectos, en rociarla con cuidado, en evitar la invasión de los caracoles que destruyen las tiernas hojas y en abrigar los hoyos con más albardín, cuando presentía las escarchas; de modo que pasó el invierno sin ningún contratiempo y á primeros de Mayo estaba la planta tan crecida y tan hermosa, que al decir de Socorro, cada mata parecía un pié de alhábega.

Entonces cortó Rosendo la tierra en tablares y los tablares en caballones, valiéndose de una cordeta bien tirante para que las líneas salieran derechas y en una mañana quedaron bien plantadas las dos tahullas, con su riego correspondiente. La planta que sobró se la quitaban á Socorro de las manos, á cualquier precio, porque era la más hermosa de la huerta. Por algo se había desvivido para cuidarla todo el santo invierno.

III

La mayoría de los labradores de nuestro tiempo carecen del capital necesario para atender desahogadamente á los cultivos, siendo esta la causa de que se haya establecido y alcanzado grandes progresos la costumbre de la peonada vuelta, fundada en la significación moral de esta frase; «Hoy por tí y mañana por mí.»

La mayoría de los huertanos pobres solicitan el apoyo de las Cajas rurales sistema Fontes, que funcionan con excelentes resultados en muchos partidos, para adquirir abonos y simientes y aun para el pago de rentos cuando se malogran las cosechas; pero nunca recurren á este hermoso apoyo de la caridad social tratándose de gastos de jornales, porque este capítulo lo resuelven ellos por medio de la peonada vuelta.

Rosendo empleó doce dias del mes de Junio en las tierras de sus convecinos, á cambio de que estos le ayudaran después á cavar sus dos tahullas de pimentones. Los tratos se cumplieron al pié de la letra, por más que no se había escrito nada y una mañana del mes de Julio al despuntar el dia, se presentaron en el bancal doce jornaleros con sendos legones al hombro, para dar principio á la tarea.

Por toda vestimenta llevaban los piés descalzos y unos calzoncillos muy estrechos, arremangados hasta la rodilla; camisones de lienzo moreno, ennegrecidos por el sudor, con las mangas subidas hasta el codo, y sombreros de fieltro de anchas alas caidas por haber desaparecido con el uso su apresto y su conformación.

Los cavadores de pimientos se colocan en línea, como si desplegaran en guerrilla, y desde la hora del amanecer á la postura del sol, se les vé con el cuerpo encorvado sobre la tierra, sudorosos y jadeantes, manejando una herra-

mienta tan incómoda y tan pesada como el legón que usan nuestros labradores. No hay que temer que ningún jornalero trabaje menos que los demás, porque el interés siempre desmedido del patrono ha hecho que la tarea se distribuya de manera que cada cual sabe, al dar principio la peonada, el trabajo que le corresponde.

En las primeras horas del día, resulta la cava de los pimientos un tanto agradable si se quiere; las tiernas hojas de las plantas, cubiertas de rocío, besan más de una vez la frente ennegrecida de los trabajadores, como enviándoles una caricia de agradecimiento; pero luego, cuando se levanta el sol, empieza la tierra calcinada á despedir un vaho insoportable que los sufridos cavadores resisten con paciencia, mientras el duro trabajo agota sus energías y el fuego de los rayos solares los achicharra por la espalda.

Alguna que otra vez se suspende la tarea por un poco tiempo para echar el consabido vale y la gente busca refugio y descanso en la fresca sombra de las moreras. Entonces dá su vuelta la clásica taza del vino, llenándose y vaciándose por todo el corro; los huertanos jóvenes apelan á sus cigarrillos suaves de papel y los huertanos viejos estrujan con sus dedos rugosos un resto de tagarnina fuerte y mal oliente. Con el refrigerio de la bebida, que así puede llamarse aquello, para los que están regando la tierra con el sudor de su frente, se generaliza la con-

versación, recayendo sobre el tema obligado de las cuestiones sociales y políticas.

Los tiempos de ahora no son como los de antaño, cuando las gentes de la huerta no se curaban de otra cosa que de sus cultivos y de sus cosechas. La lectura de los periódicos, que levanta de cascos á todo el mundo, ha realizado en nuestros días una transformación tan grande en los espíritus, que hasta el sencillo huertano abandona más de una vez sus ocupaciones peculiares, para matar horas y más horas en el círculo ó en la taberna, disparatando sobre muchas cosas que no entiende.

Gracias á estas corrientes de ilustración que nos trae la prensa, han aprendido muchos huertanos que los rentos son excesivos, aunque las tahullas producen ahora doble más que en los tiempos pasados; que la primera medida que les conviene adoptar, es la de no satisfacer al amo lo que es suyo, porque vayan ustedes á saber de donde le ha venido la hacienda, siendo el derecho de propiedad una enredina y que los jornales son muy pequeños para el que los cobra y muy subidos para el que tiene que pagarlos.

A tal extremo vá llegando en la huerta la afición á los periódicos, que hay quien se suscribe á ellos sin saber leer ni escribir, con tal de que encuentre quien pueda deletreárselos. Si los hombres de saber, si los hombres de orden y patriotismo, utilizaran tan excelentes disposiciones, difundien-

do entre los huertanos lecturas provechosas, prestarían un magnífico servicio á la cultura popular, y salvarían muchas inteligencias vírgenes del diluvio socialista que descarga por todas partes.

Sobre todo en las horas de la siesta, cuando el calor abrasa como hachos de fuego y la calma es tan grande que se enrarece el aire y se asfixian hasta los pájaros, es inconcebible que los cavadores de pimientos puedan resistir el trabajo. Así ocurre con lamentable frecuencia que la insolación y la fiebre dan al traste con aquellas musculaturas de hierro y los hombres se dán por vencidos en la ruda tarea, para no recobrar la salud en todo el verano ó quizá para exhalar el último suspiro en un rincón de la vivienda.

Ya se ocultaba el sol por los picachos de Espuña, cuando vieron llegar á la buena de Socorro, por las sendas inmediatas, cargada con una gran cesta de mimbres en el brazo y una calabaza más que regular en la otra mano. Cascarilla salió á su encuentro para aliviarla de peso y una vez que llegaron á lo suyo, tendió ella el mantel sobre la hierba, colocando encima una hermosa perola de patatas fritas con carne, que aún estaba humeando, tres hogazas del día, de más de cinco libras cada una y hasta un cuarterón de melocotones olorosos y frescos.

Con las últimas legonadas se enderezaron trabajosamente los doce hombres, y miraron al cie-

lo, de donde viene toda fortaleza en lo humano. Algunos se retorcián las ropas y el sudor goteaba sobre las hojas de las plantas. Pero aquellos trabajos representan el pan de la familia y el cumplimiento de los grandes deberes y todos se mostraban contentos y satisfechos.

Formaron ancho círculo alrededor de las viandas; uno de los más jóvenes se encargó del reparto del vino; Rosendo echó la bendición á su modo y dió principio la merienda, en medio de la fertilidad de la huerta, sintiendo todos la santa placidez del descanso y las dulces caricias de la brisa refrescadora, mientras, ahuyentados los ardorosos rayos del sol, dominaba en todas partes la luz misteriosa del crepúsculo.

IV

En la meteorología de la huerta de Murcia existe un pronóstico jamás desmentido que dice así: «Cuando Carrascoy se cala la montera, lluvia segura.»

La época del año en que con más frecuencia se encapota la cima de la sierra, cubriéndose de cúmulos plumizos, es la que dá principio en el mes de Septiembre, á continuación de los grandes calores, cuando los huertanos suben á los cabezos la primera cogida de pimientos. Las faldas de los montes que corren por el Norte de la vega, desde más abajo de Monteagudo á más arriba de la Contraparada, aparecen en esos días

cubiertas de infinitas parvas ó tendidos de pimientos, como manchas de sangre, sobre el fondo grisáceo del terreno.

El continuo ir y venir de las gentes de la huerta, por laderas y ramblizos, con sus bestias cargadas de pimientos frescos y hermosos ó de cáscara limpia y seca para llevarla al molino, imprimen á todos aquellos lugares campestres cierta extraordinaria animación, que no se reproduce en las demás épocas del año; pero la verdadera nota de vida y alegría la dan constantemente las numerosas cuadrillas de muchachas que suben de la huerta para ir abriendo los pimientos conforme se ván oreando, siendo digno de ver como se colocan en hilera, de extremo á extremo de las parvas, con sus pañuelos multicolores en la cabeza para resguardarse dél sol y como verifican su trabajo entretenido y curioso, al ritmo de alguna canción de la tierra. No es menos interesante y poético el cuadro que ofrecen las hermosas obreras de la agricultura murciana, cuando se dedican á la recolección de los pimientos en las inmensas plantaciones de la huerta, donde caen como enjambres de pintadas mariposas que todo lo embellecen y lo sublíman con sus infinitos encantos.

Cierta mañana, cerca del medio día, notó Rosendo Cascarilla, sobre la cima de Carrascoy, algunas nubecillas de mal agüero, que suelen aparecer como presagios de la tormenta. El resto del

cielo estaba despejado y el sol quemaba de firme; sin embargo se dió mucha prisa para recojer la hermosa parva de pimientos casi secos que tenía en el campo, porque sabía muy bien que las tempestades de verano cuando vienen de Carrascoy se formalizan de improviso y descargan un aluvi3n en menos de quince minutos.

Lo mismo que temió Cascarilla se figuraron todos los demás labradores y en aquella misma hora se pusieron los campos como un hormiguero, donde los huertanos iban y venían apresuradamente, conduciendo á lugar seguro el fruto de sus afanes, en tanto que las nubes entoldaban el cielo, revolviéndose y amontonándose con fragoroso aparato.

Apenas había descargado Rosendo los últimos sacos de cáscara en la entrada de su vivienda, cuando el viento huracanado se desató con tal fúria, que retorció los árboles; el relámpago cruzó los espacios infundiendo en todos los corazones ese temor piadoso que nos obliga á santiguarnos; el trueno retumbó ensordecedor, amedrentando á las pobres gentes y el agua torrencial discurría á los pocos instantes por toda la vega.

Hay ocasiones en que estas nubes no dejan trégua al labrador para que recoja sus parvas de pimientos y entonces el aluvi3n barre los sequeros del campo y todo vá rio abajo, hácia la desembocadura de Guardamar.

Rosendo y su mujer se encerraron mientras pasaba la nube en el único dormitorio de la casa, donde tenían en gran veneración, pegadas en las paredes, las estampas de San Antón y San Cayetano, San Blas y San Roque y otros santos no menos populares y milagrosos. Encendieron la vela del Santísimo que guardaba Socorro desde la Semana Santa y allí no hubo más que fervientes plegarias dirigidas desde el fondo de aquellos corazones cristianos, al Dios de las misericordias.

Media hora después de empezar la tormenta brillaba el sol en medio de un cielo despejado y diáfano, quebrando sus rayos de oro en las gotas de agua que festoneaban las hojas y las ramas de los árboles, y en los caseríos de la ribera se oyó el mugido alarmante de las caracolas, anunciando la crecida del río, que tantos estragos suele ocasionar en la huerta.

V

Por el estrecho carril, sombreado de robustas moreras, que conduce á la casa de Rosendo, caminaban una mañana del mes de Septiembre dos hombres de aspecto muy extraño, para los que desconocen la industria pimentonera, porque iban completamente teñidos de color rojo, como si hubiesen acabado de salir de una mina de almagra. Rosendo era uno de aquellos Mefistófeles improvisados y el otro su antiguo amo y protec-

tor, que se había ofrecido á pasar la noche en el molino, mientras se molía el pimiento, para evitar los abusos que se cometen en la maquila. Concluida la tarea, envasaron el pimiento en grandes sacos y como era de lo primero y de lo mejor que se había cosechado aquel año, Cascarilla no tuvo necesidad de mandar sus muestras á los corredores que negocian al aire libre en la Plaza de Romea, sino que acudió la demanda por sí misma, como las abejas á la miel y aquella mañana quedó hecho el trato en la puerta del molino, recibiendo Rosendo Cascarilla una pañolada de duros, como jamás la había tenido en sus manos.

Iban nuestros hombres, pues, muy contentos con su ganancia y más contenta se puso todavía la buena de Socorro, cuando su marido le entregó el pañuelo de los dineros.

—¿No te decía yo que si salían güenos, el remiendo de pesos duros que le íbamos á echar á la casa iba á ser de á chavo?

Socorro convidó á sus amos á comer, dándoles de este modo una buena participación en sus alegrías y cuentan que aquello fué punto menos que una *boa*, donde hubo hasta pollos fritos con tomate, que es cuanto se puede pedir en una casa de labriegos de la huerta.

Cascarilla pagó aquel mismo dia algunas deudas pequeñas y su medio año de rento y lo demás lo lió Socorro muy bien liado y muy bien

atado dentro de un escarpin, guardándolo en el rincón más escondido de su arca, para las escaseces del invierno, á imitación de la previsora hormiguita de la fábula.





La carta de mortuorio



I

En una de esas frecuentes escursiones que suelo realizar por la huerta, llegué hasta una casita de labranza que hay semioculta entre las higueras y naranjos que la rodean, en el sitio mismo donde la antigua senda de Granada cruza el camino vecinal del puente de la Piedra á Guadalupe.

La tarde de mediados de Noviembre estaba revuelta y desapacible y el cielo aparecía cubierto de nubes cenicientas y blandas, con presagios de lluvia, dando al paisaje tonalidades oscuras y sombrías, que se armonizaban muy bien con el aspecto melancólico y tristón que ofrece la vega

murciana en esta época del año, cuando el labrador acaba de arrancar los panizos y los pimentonares, que cubren y embellecen la tierra durante los meses del verano; cuando se ven en lo alto de las cruces de las moreras casi desnudas las matas de bajocas para que se vayan secando al aire libre; cuando los altos girasoles, cansados de obedecer al astro del día, inclinan sus coronas rugosas y cuando las hojas de las higueras y los árboles frutales empiezan á desprenderse de su tallo y á rodar por el suelo.

Un pobre anciano septuagenario, sentado en cuclillas junto al portal de la humilde vivienda, con su manojó de esparto debajo del brazo, se entretenía en hacer algunas cordetas, mientras en la esplanada de la casa, jugueteaba un hermoso niño de cabellos rubios y ensortijados, que apenas habría cumplido cuatro años de edad.

El viejo vestía unos pantalones azules de algodón, tan estrechos como dos fundas de paraguas y tan cortos y arrugados que le llegaban á media pierna. Apesar de lo avanzado del otoño iba en mangas de camisa con los estrechos puños abotonados y cubría la venerable cabeza con un pañuelo á lo curro, dejando asomar á todo alrededor un cerquillo de cabellos blancos como la nieve.

El niño iba aún más lijero de ropa, puesto que solo llevaba una camisilla de lienzo crudo, con las mangas subidas hasta el lagarto del bra-

zo, el cuello desabrochado y los faldones de delante más cortos de lo que fuera menester.

El tío Pedro José, que así se llamaba el huertano, contestó á mi saludo con esa afable sencillez que caracteriza á las buenas gentes de la vega y como hiciese ademán de levantarse para sacar una silla, yo se lo impedí de contado, tomando asiento en un poyo de obra que hay junto á la pared de la casa. El niño quedóse á cierta distancia de mí, con la cabecita inclinada y el dedo pulgar dentro de la boca, mirándome de reojo.

Después de un poco de conversación y cuando satisface la curiosidad del anciano sobre los antecedentes de mi persona, incluso las señas de mi casa y el oficio que desempeñaba en la ciudad, que á todos estos pormenores son muy dados los viejos de la huerta, me dijo con cierta expresión de confianza:

—Lo que me paece á mí es que osté ha caído por estos andurriales como llovío del cielo.

—No sé lo que quiere V. decirme.

—Pos que estoy dista hace más de una hora con un regomello que no me se asienta el camión al cuerpo.

—Usted dirá.

—Sí; se lo voy á contar tuiquío abora mesmo.

—Lo que V. quiera.

—¿Vé osté esta carta enlutá que tengo encima del portal?

—¡Ah! Sí, señor; no había reparado.

—Pos hace un rato mu grande que la trujo el cartero y aunque ese demonio de hombre sabe que yo no entiendo de letras, no ha premitió leérmela. Se encerró en que era mu tarde y no podía entretenerse y de eso no hubo quien lo sacara. Y crea osté que no me dá güena espina la dichosa carta. O mucho me inquivoco yo ó en ese papel tiene que venir alguna noticia mu remala.

—Y bien, quiere V. que yo se la lea, ¿no es esto?

—Hombre, es natural! Si osté me hace ese favor se lo agraceré mucho.

—Yo no tengo inconveniente ninguno; lo único que sentiría es que se confirmaran sus temores sobre las malas noticias que espera y le diera yo un mal rato con su lectura.

—En lo tocante á eso estese osté descudiao que naide tiene la culpa de lo que venga en ese papel.

Y diciendo y haciendo puso la carta en mis manos, notándose en su mirada cierta mezcla de temor y de ansiedad. Fijeme entonces en el sobreescrito y viendo que traía las señas de una mujer me apresuré á decirle:

—Pero si esta carta viene dirigida á Angeles Lorenzo?

—Justo y cabal. Esa es mi hija, la maire de este zagaliquio.

—Ya comprendo. ¿Pero se la leo á usted?

—Sí, señor, léamela por favor que no puedo aguantar los güelcos que me está dando el corazón.

El pliego venía marcado con un membrete del Penal de Cartagena y suscrito por el Capellan del establecimiento. De una ojeada me hice cargo de su contenido y algo extraño y desagradable debió notar el pobre viejo en mi fisonomía cuando se apresuró á decir muy conmovido:

—¿Está osté viendo? ¡Cómo me lo daba el corazón! Lea osté, güen hombre, sin regomello denguno, antes que venga mi hija, que yo estoy hecho á estos tragos y á otros más amargos todavía. Por quien lo siento yo es por la probe de mi Angeles y por esa criaturiquia que no tiene culpa de ná.

Entonces tuve unos momentos de indecisión, luchando con la duda de leer ó no leer la carta que tenía en mis manos; pero á fuerza de muchos ruegos me decidí á sacar al pobre viejo de la angustia que le devoraba.

La funesta misiva venía concebida, poco más ó menos, en estos términos:

«Sra. Angeles Lorenzo. —Muy señora mía: Tengo el sentimiento de comunicar á V. que su desventurado esposo Pascual Avilés Martinez, acaba de fallecer en la enfermería de este Penal.

»Momentos antes me hizo el triste encargo de que manifieste á V. que ha muerto con el cora-

zón puesto en Dios y en la confianza de que le perdonarán ustedes sus muchos extravíos.

»Para que le sirva de consuelo debo significarle que su esposo falleció confortado con todos los auxilios de la Religión.

»Dios, nuestro Señor, le conceda á V. y á toda su familia mucha resignación cristiana como lo desea su affmo. capellán, *J. M. de la Asunción.*»

II

El viejo se quedó como petrificado, con la cabeza caída sobre el pecho y los ojos arrasados de lágrimas; yo permanecí, no sé cuanto tiempo, con la carta en las manos, inmóvil y silencioso, sin saber qué camino tomar, mientras el inocente huerfanito se divertía dando carreras por la replaceta, montado en mi bastón y completamente ajeno á su propia desgracia.

Por fin rompió á llorar el tío Pedro José y yo no tardé mucho tiempo en imitarle. Entre personas de buen corazón las penas vienen á ser un contagio que se propaga con suma facilidad.

Después de consolar al affligido anciano lo mejor que pude, invocando las saludables ventajas de la fortaleza y la conformidad en las amarguras de la vida, enjugóse los ojos con su pañuelo de hierbas y sacando fuerzas de flaqueza, como suele decirse, me habló en la siguiente forma:

—Osté no sabe, amigo mio, lo largo que es el calvario que yo estoy pasando con esta hija que

acabará por quitarme la vida. Fegúrese osté que ese desgraciao que ha muerto en un presillo, vino de servir al rey hace siete ú ocho años, con más arbullo que naide y con las peores ganas de trebajar que se han conocío.

Por aquel entonces estábamos en mi casa bastante rigular. Yo tenía un par de muletas muy güenas y cinco tahullas propias que sacábamos pa comer, y mi Angeles era una zagalona de trece ó catorce años, con la cabeza llena é pájaros y sin chispa de conocimiento.

Pos cátese osté que al perdió del gastaor, como le decían á mi yerno, porque había sio gastaor en la tropa, le dió la maldita idea de rondar á la muchacha dista que la engatusó de taja moa que paecía mismamente como si le juera dao algo.

Y no era por falta de güenos consejos, porque tanto la probe de su máire, que esté en gloria, como yo y toa la familia, estábamos hechos unos misioneros diciéndole á toas pasás que aquel noviaje no le convenía, que Pascual era un gandulón de siete suelas que no sabía ganar un mal jornal y que se pasaba los dias rabriculaos en el ventorrillo del Zurdo jugando al truque y emborrachándose con otros haraganes como él. Pero tó esto jué lo mesmo que pedricar en desierto porque no hay cosa peor que las mujeres cuando están enamoriscás. Mi Angeles se tapaba de nosotros y seguia platicando con el gastaor, dista

que llegaron las cosas á un extremo, que no hubo más remedio que casarlos.

En aquella casa de junto á la cieca le puse á mi hija un ajuar como no se lo merecía, pa que la gente no tuviera ná que decir y cuando salieron de la ilesia llamé á mi yerno aparte y le dije, digo: Toma, Pascual, esos dineros pa prencipio de casa y no te encargo más que de ahora en adelante seas honrao y trebajaor. El me prometió este mundo y el otro; pero como la cabra tira al monte, á los dos ó tres dias de la boa golvió á las andás y no salía del ventorrillo del Zurdo y la probe de mi hija hecha una negra pa segar la hierba, pa regar los pimentones, pa los animales y pa tó.

¡El que vá por mal camino acaba por trompezar y hacerse polvo y eso mesmiquio le sucedió á mi yerno, como osté verá!

Un dia, por no perder la costumbre, se juntó en ca el Zurdo con otros dos haraganes como él que á uno le llamaban de mal nombre el Tabardillo y al otro el Veneno, de puro malos que eran y habían sío dista zagales, y allí se enrearon primero á jugar al truque y venga vino á porrillo que el gastaor lleva encima los dineros de un retal de panizo y el gastaor paga tarimientras que le qué un chavo en el bolsillo, aunque su mujer no haya probao en to el dia la gracia é Dios y á lluego, ya que estaban los tres más borrachos que una uva, dijieron de hacer una fritá de car-

ne pa cenar y el Zurdo con sus marrullerías les guiscaba pa meterlos en varas por la cuenta que le traiba.

Y dicen que dimpués de la francachela enco-
menzaron tós con bufonás y con valentías, cha-
rrando lo güeno y lo malo y dista las mujeres sa-
lieron á relucir y no sé qué expresión le dijo mi
yerno al Tabardillo, que el Tabardillo le sagudió
á mi yerno una guantá y entonces mi yerno me-
tió mano á una pistola de esas del quince que han
dao en llevar tos los de la güerta y si se le esca-
pó ó no se le escapó el tiro, que yo no pongo
por naide, el Tabardillo cayó al suelo sin decir
Jesús me valga.

Al muerto se lo llevaron á la losa atravesao
en un zarzo y el gastaor se encerró en su casa
á las tantas de la madrugá, sin acción pa darse á
la huida, como si le fueran puesto unas trabas en
los piés.

A to esto yo y mi hija estábamos sin saber
una palabra de ná, dista que por la mañana bien
trempano los civiles, tras tras á la puerta; le di-
jeron á mi yerno «eche osté pa lante» y yo lo
vide irse por esa senda con las manos atás y de-
zaga mi probetiquia hija escurriéndose como una
madalena y dando unos alaríos que tavía los ten-
go clavaos en el corazón.

Osté calculará como nos quearíamos tuiquios
de aquella echa; mi Angeles pudriéndose por
dentro, por habérselo ella buscao; á mi mujer,

que esté en gloria, le hizo tanta movición la sangre, que ya no aleó dista que la echaron al hoyo y si yo vivo en el mundo es porque me paece á mí que las penas alargan la vida de angunas presonas.

En resumías cuentas; encomencé á danzar en Murcia con unos y con otros pa ver de que la causa se queara en ná y tuve que ir vendiendo las cinco tahullas, una á una, dista que me dejaron más perdío que las ratas y encima le salieron ocho años de presillo y no le echaron doce porque el abogao dijo en la Audencia que mi yerno estaba borracho cuando hizo la muerte. Pa que vea osté lo que son las cosas.

Por entonces nació este zagaliquio y su maire estuvo si las lia ó no las lia y los pocos dineros que me quearon se gastaron en merecinas. Con que dígame osté si la cola que trujo el casamiento de mi Angeles jué pequeña, que nos hemos queao á pedir limosna.

Concluido su triste relato, el tio Pedro José volvió á enjugarse las lágrimas, mientras dirigia á su nietecillo una mirada llena de ternura y compasión.

En esto se aproximaba la noche, amenazando lluvia; yo recogí mi bastón, á cambio de unas cuantas monedas que entregué al niño, porque muchas veces nos empeñamos en aliviar las penas con dinero, y despidiéndome del pobre anciano con palabras amistosas y consoladoras,

abandoné aquella triste vivienda, donde habían tomado carta de naturaleza tan sensibles desgracias.

III

La casa del tío Pedro José se encuentra á una media hora del puente de la Piedra. Yo me dí prisa por salir á camino ancho antes que cerrara la noche; pero apenas habría andado diez ó doce minutos, empezó á descargar un chaparrón más abundante de lo que yo deseara, que me obligó á refugiarme debajo de uno de esos cobertizos de cañas que construyen los labradores en las puertas de sus viviendas, para librarse del calor del sol en los meses de verano.

No transcurrió mucho tiempo sin que asomara por la puerta el amo de la casa con objeto de vaciar un gran brazado de perfollas en un rincón del cobertizo.

—Güenas tardes, amigo—me dijo al apercibirse de mi presencia.

—Muy buenas las tenga usted—le contesté amistosamente.

—¿Es que le ha pillao á osté el aguacero por estos alreores?

—Sí, señor; por mucha prisa que me he dado para salir al camino, no me lo ha permitido la lluvia.

—Pos el tiempo se está poniendo bastante cerrao y es facil que se quede en temporal.

—¡Ah! No, señor; yo creo que esto no será nada.

—Desimule osté, güen amigo; pero yo creo que no parará tan ainas. Se ha puesto el cielo mu negro.

—Pues buena la vamos á hacer.

—Osté no se apure por eso; aunque semos probes, lo que es unas gachasmigas y una mala cama no le han de faltar en mi casa.

—Muchísimas gracias...

—¡Ah! No, señor; déjese osté de cumplíos, En la güerta semos así; cuando se esperdiga por estos parajes angún forastero, nosotros lo amparamos con nuestra probeza. Ahora que no tendrá osté las comodidaes que en la ciudad; pero una noche mala cualesquiera la pasa. De moa y manera que pase osté, pase osté pa lante y ya veremos.

—El caso es que tengo precisión de llegar á Murcia antes que se haga muy tarde.

—De eso no me aparto yo; pero abora no voy á premitir que se espere osté en la calle teniendo aquí mi casa.

El huertano me cogió por la manga de la chaqueta y empujándome suavemente hácia la entrada, me repetía sus generosos ofrecimientos, como si nos conociéramos de toda la vida. Hay en el caracter de estas buenas gentes cierto espíritu de noble y franca sinceridad. Yo cedí entonces, sin oponer resistencia alguna, porque sabía que en

aquella ocasión iban á ser inútiles todas mis negativas.

Penetramos, pues, en el interior de la vivienda. En un ángulo de la entrada se veía un gran montón de panochas cogidas aquella misma tarde. En lo más alto jugaban y se revolcaban, charlando sin parar, con sus vocecitas de jilguero, dos chicuelos mofletudos y coloradotes como las amapolas y al pié del montón desperfollaban el panizo, formando rueda con el ama de la casa, tres ó cuatro mujeres de la vecindad.

Las panochas menudas las limpiaban completamente, echándolas en unas espuertas nuevas que tenían á mano y á las más gruesas les dejaban un mechoncito de perfollas, para ensogui-larlas después en grandes horcos ó rastras, que los labradores cuelgan en la cámara para que se vayan secando.

De vez en cuando salía alguna panocha *colorá* como ellos dicen, y celebraban el hallazgo abrazándose con gran bulla y regocijo, aunque sin llegar á esos alborotos exagerados que se promueven en los desperfollos, cuando concurren mozos y mozas y los hombres encuentran panochas *colorás* y se empeñan en abrazar á las mujeres, dando ocasión á carreras y persecuciones. entre ellos y ellas, que pasan de castaño oscuro.

Pero no todas las desperfolladoras tomaban parte en la gresca de los abrazos. A un extremo del semicírculo que formaban alrededor del mon-

tón y un tanto separada de sus compañeras, trabajaba, silenciosa y triste, una jóven de grandes ojos negros, de mirada dulce y melancólica y de rostro muy pálido, envejecido por las penas más bien que por los años. Las hermosas facciones de la muchacha revelaban una de esas bellezas admirables de la huerta que se marchitan antes de tiempo.

Abstraída por completo á todo lo que la rodeaba, hacía su oficio sin levantar los ojos y sin que sus labios dibujaran la más leve sonrisa, mientras sus compañeras se deshacían de júbilo con las panochas *colorás*.

Notando yo el abatimiento que sufría aquella mujer, no tuve por menos que preguntarle:

—¿Qué le ocurre á V., jóven, que se halla tan entristecida?

Por toda respuesta levantó los ojos para mirarme con cierta expresión de dolor; pero el ama de la casa se encargó de contestar á mi pregunta.

—Esta mujer es que está siempre mu triste, güen hombre.

—Pues es muy jóven todavía para haber perdido el buen humor.

—¡El güen humor!—replicó otra de sus compañeras.—No está la probe pa divertimientos.

—¿Es que le sucede alguna desgracia? ¿Se ha muerto alguien de su familia?—continué preguntando.

—Como morírsele naide, no señor—contestó el ama de la casa.—Es que su marío... vamos... está juera de aquí hace más de dos años y la probe se ha criaio mu bien y abora pasa muchos trebajos.

—¿De modo que ya está casada esa joven?

—¡Toma! Pos si tiene un zagaliquio que cumplió los tres años por San Juan! ¿No es verdad, Angeles?

La pobre mujer contestó afirmativamente, con un ademán de cabeza; pero sin levantar los ojos, sin duda para que no viésemos que los tenía arrasados de lágrimas.

Yo, por mi parte, al escuchar el nombre de Angeles no tuve la menor duda de que aquella mujer era la hija del tío Pedro José, la viuda del *gastaor*; sin embargo, para comprobar mi creencia, llamé al amo de la casa hácia el cobertizo de la calle y le pregunté:

—Esa muchacha es la hija del tío Pedro José el que vive ahí, un poco más arriba de la senda?

—Sí, señor, la mesma. ¿Es que conoce osté al agüelo?

—Esta misma tarde lo he conocido y si supiera usted con qué motivo tan triste...!

—¿Le ha pasao algo al tío Pedro José?

Entonces nos separamos un poco más de la puerta de entrada para que las de adentro no se apercibieran de la conversación y le enteré de todo lo que ocurría. El huertano recibió la noti-

cia con gran sobresalto y llamando á su mujer, la puso en antecedentes de todo.

—¡Probetiquia Angeles y probe criatura!—Exclamaba la compasiva labradora, mientras se limpiaba las lágrimas con una punta de su delantal.—¿Y ahora qué vamos á hacer?

—¿Qué?—contestó su marido.—No decirle naica de lo que pasa. Tú arreglas que se vaya enseguida pa su vivienda y detrás de ella nos iremos nosotros pa consolarla en lo que podamos.

La mujer del huertano asintió á la proposición que se le acababa de hacer y enseguida que se hubo tranquilizado un poco del sobresalto que le produjo la noticia, llamó á la viuda á la cocina de la casa con el mayor disimulo posible.

—Mira, Angeles—la dijo cariñosamente—la noche se está poniendo más oscura que boca de lobo y he pensao que te vayas pa tu casa antes que se haga más tarde. Aquí tienes un plato de guisao pa tu paire y pa tu zagaliquio; toma además una torta blanda del amasijo de hoy y estos dineros y déjate el desperfollo por ahora.

La caridad es siempre generosa y espléndida con los menesterosos; pero se agranda y se multiplica extraordinariamente en presencia del infortunio.

Angeles recibió con mucho gusto el socorro que le entregaba su ama y viendo que era bastante más crecido que el de otras veces, exclamó con cierta sorpresa:

—Pero, mujer, ¿por qué me dás esta noche tantas cosas?

—Anda, llévate lo tuiquío que no faltan en tu casa bocas que se lo coman.

—Pos... que Dios te lo pague y que los dé muncha salud.

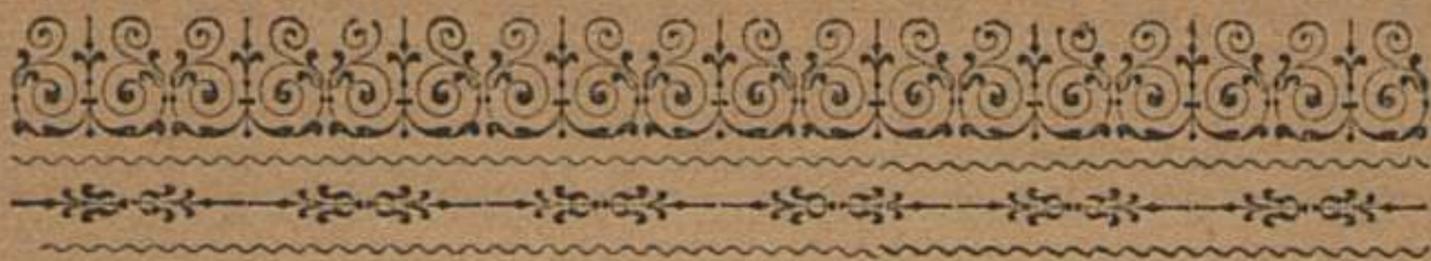
La viuda se colgó al brazo su pañuelo negro de merino, ignorando que pocos instantes después habría de servirle de prenda de luto; guardóse los dineros en la faltriquera que llevaba atada á la cintura, debajo de su zagalejo de algodón amarillo; puso los comestibles en un trapo limpio de cocina y saludando á todos los que allí había con un «Dios guarde á ostés» de mujer tímida y entrecortada, perdióse muy pronto en la obscuridad, siguiendo el sendero de su casa, donde le esperaba la triste noticia del fallecimiento de su marido.

Por aquella noche se suspendió el desperfollo en la casa de nuestros compasivos huertanos. Cada una de las compañeras de Angeles tomó en brazos á uno de los muchachos que vimos revolcándose en el montón de las panochas, para que no fuesen andando por las sendas reblandecidas y encharcadas, y todos salieron apresuradamente hácia la vivienda del tío Pedro José, no sin haberse escusado conmigo lo mejor posible, hasta el extremo de poner la casa á mi disposición para que permaneciese en ella mientras regresaban de su triste visita.

Yo agradecí tan nobles y sinceras demostraciones de confianza y me puse en camino para la ciudad, aprovechando un claro que abrió el tiempo en aquellos instantes.

La noche estaba obscurísima y en toda la huerta reinaba un silencio misterioso y atemorizante, interrumpido de vez en cuando, por el lejano doblar de las campanas de las feligresías rurales que celebraban la conmemoración de los difuntos en aquellos días del mes de Noviembre.





El perdón de las injurias



A la Exema. Sra. Doña Ma-
ría Codorníu de la Cierva.

I

Un poco más allá de la vuelta del río, saliendo de Murcia por el camino de la Ñora, se toma hacia la izquierda un estrecho carril que vá bordeando los terreros del soto, hasta que se interna en un paraje conocido con el nombre de Rincón de Beniscornia.

Las casas de labranza se levantan diseminadas como bandada de palomas entre frondosos bosquecillos de naranjos y árboles frutales, ofreciendo á la vista del espectador uno de los cuadros más variados y pintorescos de la huerta.

No hace muchos años, que en el rincón de Be-

niscornia, solo existían unas cuantas barracas antiguas de paredes de atobas y cubiertas de albardín, donde los labradores de entonces habitaban satisfechos y contentos, sin más ambiciones ni cuidados que recoger los frutos que producía la tierra á fuerza de trabajo. Después se han ido convirtiendo las estrechas barracas en casitas más ó menos espaciosas, según la fortuna de sus dueños y hoy puede decirse que aquello es un poblado rural á la moderna.

Para que no falte nada, los vecinos de Beniscornia construyeron una pequeña ermita en la que el bondadoso P. Ramirez, del convento de los Jerónimos, celebra la santa Misa los domingos y fiestas de guardar y en la que todos los años por el mes de Octubre, se dedica una solemne función á la Virgen del Rosario, sacándola procesionalmente por el caserío, con las doradas andas cubiertas de los mejores piés de alhábega que se crían en la huerta.

Las dos familias más acomodadas del vecindario, son la del tío Paco García, que dispone de algunas tahullas propias, de un par de mulas de labranza muy buenas y de la casa de tapiales que levantó en las inmediaciones de la Ñora al año siguiente de la inundación, cuando estuvo á ocho duros la arroba de pimiento, y la del tío Andrés el batanero que hizo muy buenos cuartos en el batán de picar esparto que hubo hace bastantes años en el Rincón de Beniscornia, en el

mismo punto y en el mismo edificio donde se encuentra actualmente el molino de harina.

El tío Paco García tenía una hija llamada Aurora, con diez y ocho años tan bien empleados, que era la muchacha más guapetona de aquellos alrededores y Andrés el batanero contaba con su hijo Facundo, mozalbete pretencioso y engreído, á quien hicieron creer las comadres de la vecindad que haría una excelente pareja con Aurora. Pusiéronse los tantos para arreglar el noviazgo y después de muchas idas y venidas y de muchos cabildeos por parte de las casamenteras del Rincón, se tropezó con el inconveniente de que la muchacha tenía puestos sus pensamientos en otro mozo del partido llamado Bernabé, que había regresado pocos días antes del servicio de las armas. El gallardo y vistoso uniforme de los húsares de la Princesa le entró por el ojo derecho y no hubo más que decirle que sí y sostener relaciones secretas con el licenciado, hasta que ella fondeara bien la voluntad de sus padres.

El desprecio de Aurora le llegó á Facundo muy á lo vivo, despertando en su corazón sentimiento de envidia y de venganza. El mozo más rico de Beniscornia se vió postergado y humillado por el destripaterrones de Bernabé, que jamás se había visto harto de gachasmigas.

Facundo, sin embargo, no acertaba con la explicación de este fenómeno, porque era un ignorante presuntuoso, y á mayor ignorancia mayor

soberbia y no supo hasta entonces que el amor espontáneo y verdadero es ciego de nacimiento y no entiende jota de cálculos ni matemáticas.

II

Pocos días después del contratiempo sufrido por el batanero, llegó el domingo de Carnaval. Aquella tarde se pusieron de punta en blanco todas las muchachas de Beniscornia para divertirse con las máscaras que habían de transitar, como de costumbre, por los senderos del poblado. Aurora sobresalía entre todas ellas luciendo un hermoso refajo azul, adornado con tres guarniciones de lentejuelas; un delantal de raso blanco festoneado con puntillas doradas; armilla de rusel turquí con dos hileras de broches de plata en las ceñidas bocamangas; su pañuelo de Manila verde aceite, con ramos encarnados y su gran moño de picaporte entre dos manojos impecables de jazmines del tiempo. Su madre conservaba desde la juventud todas aquellas ropas de la antigua usanza y tanto en las tardes de Carnaval como en las noches de la feria de Murcia, quería que su hija las luciese, como ella las había lucido en los tiempos de antaño.

Al poco de sentarse la familia del tío Paco García en la replaceta de su casa, situada junto al camino, apareció Bernabé por el partidor de enfrente, con toda la marcialidad adquirida en

el regimiento, y dispuesto á sentarse aquella tarde al lado de su novia. Así como así, no era cuestión de pasar días y más días á salto de mata, sabiendo él que Aurora le consagraba todo el cariño de su corazón.

—Lo único que puede suceder—pensaba Bernabé para sus adentros—es que al tío Paco García no le agraden estas relaciones, porque yo no soy más que un probe jornalero, aunque honrao á carta cabal y ella por lo hermosa y por lo rica es una güena proporción; pero con tal de que yo cuente con el querer de la muchacha, to lo demás me puede tener sin cudiao.

Saludó el licenciado con un «Dios guarde á ostés» muy expresivo á la familia del tío Paco, sin quitar la vista de Aurora, en cuyo rostro se quebraban y se morían de celos los rayos del sol de la tarde, y como la dueña de la casa le ofreciera una silla, cumpliendo las buenas reglas de urbanidad que se usan en la huerta, no gastó más tiempo que encender su cigarro y sentarse en una que había desocupada al lado de su novia, como si fuese asunto previamente convenido entre los dos.

Aurora no pudo ocultar su emoción, que le salió al rostro en forma de claveles encendidos y el tío Paco miraba con extrañeza á su mujer y esta á las vecinas que allí había y las vecinas á los novios, como queriendo interrogarles sobre aquel suceso inesperado. Después dijeron las

amigas de Aurora que el tío Paco García no había puesto muy buena cara con la acción de Bernabé; pero vayan ustedes á averiguar la verdad de los hechos. En lo que no cabe la menor duda es en que el licenciado se puso á platicar con Aurora con la mayor libertad del mundo y que esta le seguía la conversación con la sonrisa en los labios, más alegre que unas castañuelas.

III

En el Rincón de Beniscornia no hay más escuela para la educación de los niños que una pobre catequesis dominical fundada y sostenida por el P. Ramirez; pero en cambio existe una gran taberna en el punto más céntrico del caserío, donde la juventud rinconera se instruye y se gradúa en la carrera de los vicios, mereciendo todos la nota de sobresaliente. En ella entró Facundo aquella tarde de Carnaval, con una caterva de amigos, á echar el alboroque por no sé que traspaso ó subarriendo de tahullas para pimientos, ya que entre las gentes de la huerta no se celebra ningún trato que no termine en la notaría del ventorrillo.

Cuando todos bebieron con exceso, hubo un mozalbete á quien se le ocurrió la diabólica idea de proponer que se disfrazaran de máscara para correr un bromazo de carnaval. El pensamiento fué acogido con grandes aplausos y media hora

después, estaban los unos vestidos con los uniformes de los reservistas, los otros con sábanas ó cubiertas de cama plegadas sobre la cabeza y muchos con las caras pintarrageadas de tizne de sartén, luciendo las sonoras colleras de las mulas del tabernero y rebuznando á las mil maravillas.

Como Facundo era el más vanidosillo de los mozos de Beniscornia, no quiso confundirse con los demás y se disfrazó de lo que llaman en la huerta, de contrabandista, sin que se conozca la razón de ello, puesto que no existen precedentes de semejante indumentaria.

Lo primero que se colocó fué unas medias blancas de mujer de esas que llaman de repizcos y un refajillo de bayeta encarnada con adornos de felpas negras, que no le llegaba más abajo de las corvas; luego un jubón antiguo de huertano con tres hileras de broches de plata, un pañuelo de seda á lo curro con sombrero de felpa, de los que todavía suelen verse algunas muestras en las sombrererías de la Plaza de San Pedro, completando el chocante disfraz con una canana en la cintura y una manta espinardera terciada en los hombros, sobre cuyos amplios dobleces descansaba la mugrienta y desflorecida correa de un antiquísimo carabuzaque de chispas.

Vestido el contrabandista en esta forma, quiso demostrar á Aurora que los bataneros del Rin-

cón tiran los duros á rana cuando llega el caso, diferenciándose mucho de la familia de Bernabé que jamás se ha visto con dos pesetas en plata, y al efecto, mandó que el tabernero le llenase un gran pañuelo de peladillas y confites, de los que tenía á la venta para caso de pedimentos y bautizos.

Cuando aquella caterva de mamarrachos se echó á la calle, ya se veían las sendas y vericuetos de Beniscornia cruzados por comparsas más ó menos risibles y grotescas, seguidas de grupos de chiquillos que armaban una gritería infernal, corriendo á campo-traviesa por enmedio de los trigos y los habares, para salir al encuentro de las máscaras. La tarde era serena y despejada, más bien con barruntos de calor primaveral que con dejos de invierno, contribuyendo esto á que se cuajaran de gente bulliciosa y alegre las replacetas de todas las viviendas.

Las máscaras discurrían de casa en casa por sendas y linderos, entre el bosque de moreras que se extiende en forma de abanico hasta los cañares del rio, bromeando á todo el mundo con esas maneras detestables y escandalosas, propias de jovenzuelos rústicos que llevan la cara tapada y el estómago bien forrado de vino.

Mientras tanto, el P. Ramirez, con toda la santa paciencia que Dios le había dado, tocaba repetidas veces la campanita de la ermita, llamando á los feligreses á la plática de doctrina cristiana y

ni un solo muchacho se remaneció aquella tarde por la catequesis.

—¡Todo sea por Dios!— exclamaba en su completo aislamiento. El diablo anda hoy por Benis-cornia y la gente enloquecida corre detrás de sus mundanales reclamos, hácia el camino del infierno.

IV

Facundo no supo que Bernabé estaba al lado de Aurora hasta que lo vió él mismo con sus propios ojos. Entonces tuvo un momento de vacilación, en el que no sabía si retirarse de donde se encontraba para no ser visto ni conocido, ó si extremar sus primeras intenciones, alfombrando de confitura la casa de los Garcías, para que el pelagatos de Bernabé, como él le llamaba, se recomiera de envidia. Triunfó por fin la soberbia, eterna triunfadora contra todo buen discurso, y Bernabé avanzó resuelto hácia el grupo de la feliz pareja, preparando al mismo tiempo el pañuelo de las municiones.

Mientras sus compañeros embromaban á las muchachas con mil sandeces y despropósitos, Facundo dió principio al tiroteo con tal furia, que los puñados de peladillas caían sobre la concurrencia como terrible granizada.

Bernabé comprendió en el momento la intención del juego y un color se le iba y otro se le venia y ya estaba resuelto á todo, antes de permi-

tir que nadie se burlara de él en sus propias barbas y mucho menos delante de su novia, cuando Aurora lanzó súbitamente un grito de dolor, al propio tiempo que se cubría la cara con el pañuelo de la mano. La cosa fué que una de las peladillas vino á darle en un párpado con tal fuerza, que le hizo ver las estrellas, como vulgarmente se dice.

En mucho menos tiempo del que se necesita para contarlo, llegó Bernabé á la orilla del camino, donde su rival estaba atrincherado y sin preámbulos de ninguna clase le arrancó la careta de un tirón, poniéndolo de insultos y de injurias que no había por donde cojerlo.

Al verse Facundo desmascarado y ofendido de aquella manera, no hizo más que empuñar por el promedio del cañón la carabina de chispas para descargar á su adversario un golpe terrible en la cabeza; pero Bernabé supo huir el cuerpo con extremada agilidad, y mientras el arma fué á quebrarse contra el ribazo del camino, contestó á la agresión con unos cuantos garrotazos que dejaron muy maltrechas las espaldas del contrabandista.

Entonces salieron á relucir las pistolas del quince por una y otra parte y seguramente se hubiesen disparado aquellos dos hombres coléricos, sino acuden á tiempo á poner paz, los amigos de Facundo, el padre de Aurora que manejaba con sus manos una horqueta enorme y

varios mozos del Rincón que por allí se aparecieron.

Las voces de ¡pelea! ¡pelea! circularon al momento por todos los ámbitos de Beniscornia y hubo gritos ensordecedores de las mujeres que llamaban á sus hijos y á sus maridos y súbito cerrar de puertas en las viviendas donde no faltaba ningún individuo de la familia y carreras y sustos por todas partes.

A fuerza de muchas reflexiones se transigió la cuestión, á presencia del numeroso grupo de huertanos y huertanas que habían acudido al lugar del suceso. A Facundo se lo llevaron sus amigos hácia el ventorrillo, donde tenía que despojarse de su investidura de contrabandista apaleado; Bernabé se volvió á casa del tío Paco García acompañado de éste y de unos cuantos admiradores, que nunca le faltan al que pega, y las comadres de la vecindad se diseminaron por el caserío, haciendo lenguas del suceso y augurándole, á la corta ó á la larga un terrible desenlace.

Aurora volvió en sí del espasmo que sufrió con los garrotazos de Bernabé; las máscaras acabaron por quitarse las caretas para lucir los disfraces á cara descubierta, de modo que se supiese á la postre quien era cada uno; las replacetas de las casas se fueron aclarando de gente y poco después se ocultaba el sol por donde se oculta todos los días, contento y satisfecho de no

haber presenciado aquella tarde mayores desgracias en el Rincón de Beniscornta.

V

El rencor es uno de los vicios más arraigados en el corazón de los huertanos. Crece á la sombra de muchas virtudes morales, como las malezas de la tierra entre las plantas mal cultivadas. El huertano es humilde hasta el servilismo y generoso hasta la prodigalidad; pero en cuanto al perdón de las injurias que se le infieren, no suele transigir ni aun con las personas más allegadas.

A veces una pequeña ofensa es bastante para enemistar á dos amigos íntimos ó á dos familias hermanas, que ya no se reconcilian en años enteros, y lo peor de todo es cuando los ódios se acumulan y estallan, originando sangrientas disensiones, que concluyen por lo común en la losa del hospital y en el banquillo de los acusados.

Hay casos, sin embargo, en que la mediación acertada y oportuna de buenos componedores, llega á conjurar el conflicto y á establecer de nuevo entre las personas ofendidas las rotas amistades, no siendo extraño que entonces se robustezcan y consoliden más que nunca.

Viendo las familias y amigos de Facundo y Bernabé que fracasaban cuantos intentos de reconciliación se venían haciendo por una y otra parte desde el mismo día del suceso, porque

los ánimos estaban cardeados y ninguno de los dos mozos quería rebajarse al otro, recurrieron al P. Ramirez para que con su notoria prudencia y sabiduría procurase traerlos á buen camino. El bondadoso jesuita aceptó la delicada misión de paz que se le confiaba, y en aquel mismo punto renació la tranquilidad entre los vecinos de Beniscornia, donde se temia que Bernabé y Facundo acabaran por venir á las manos, añadiendo una página más á la negra historia de la criminalidad huertana.

Laboriosa por demás fué la tarea del P. Ramirez para someter á dos hombres tan refractarios á la humildad cristiana y al generoso perdón de nuestros enemigos; pero del mismo modo que la gota de agua concluye por oradar la piedra más resistente, la acción continuada é incansable del bondadoso jesuita acabó por conseguir la más hermosa y ejemplar reconciliación que se ha conocido entre la gente de la huerta.

Llegaron los dias de Semana Santa.

La mañana de Jueves Santo transcurrió en el Rincon de Beniscornia, con la inefable solemnidad que inspira un dia tan hermoso.

Las primeras horas las invertieron las jóvenes del caserío en adornar el monumento, colocado en el altar mayor de la ermita.

La rústica gradería de tablas pintadas de blanco con balaustres de cartón, fueron cubriéndose de jarrones de rosas del tiempo y de grandes ramos

de azahar, acabados de cojer en los huertos que entraban en la florescencia. En el suelo del presbiterio, al pié de la gradería, se colocó un paño negro adornado con galones dorados, sobre el que aparecía en actitud yacente un pequeño Santo cristo, cubierto con una gasa á manera de sudario. Para los cuatro lados de este sencillo féretro sobraron macetas de azucenas y claveles, y froadosos *mayos* (1) criados en la obscuridad, debajo de los cocios del tinajero. A los piés del Santo cristo había una pequeña bandeja de latón para que los fieles depositaran sus limosnas.

A las diez de la mañana se encendieron todas las velas del monumento; la campanita del santuario enmudeció para no dejar oír sus agudos sonidos hasta el sábadó de gloria; los labradores deshuncieron sus yuntas, encerrando las caballerías de labor en los rústicos establos; el trabajo de la huerta se paralizó por completo y la vida beniscorniense entró en un solemne paréntesis de silenciosa veneración, en el que ni los muchachos más revoltosos osaban proferir un grito ni cojer una piedra del suelo, porque estaba muerto el Señor.

Por la tarde se formaron varios grupos de fa-

(1) Para hacer los mayos se pone en un plato ó en una fuente de cocina una capa de cáñamo ó estopa sumergida en agua; en ella se ván clavando uno con otro granos de cebada; el tiesto se coloca en la obscuridad, tapándolo con otra basija mayor. Los granos germinan y las pequeñas plantas crecen.

milias para andar las estaciones, como dicen ellos, visitando la iglesia de San Jerónimo y las parroquias de la Ñora y Guadalupe. Algunas de estas cuadrillas pasaban la barca del río para ir á la iglesia de la Raya que se encuentra muy próxima. Los ancianos imposibilitados se conformaban con entrar varias veces á la ermita, rezando cada una de ellas una estación, prosternados delante del monumento.

Pero la mayor parte de los feligreses de Beniscornia, dejaron estas piadosas prácticas para después del obscurecer.

¡Es tan hermosa la noche de Jueves Santo, con la luna llena en medio del firmamento, bañando de luz argentina el magnífico paisaje de la huerta; con los blandos rumores que produce la brisa en las frondosas arboledas; con las ricas y embriagadoras oleadas de esencia de azahar y perfumes de azucenas y rosas que impregnan el ambiente; con el murmullo de las aguas del río, que simulan rezos misteriosos de la naturaleza y con todos los demás indescriptibles encantos de las noches de primavera en las orillas del Segura, que las almas cristianas, influidas por tanta belleza, reservan para sus prácticas religiosas esas horas sublimes de arrobadora calma, que tanto se prestan á la contemplación.

Ya era bien entrada la noche cuando discurría por el camino de Beniscornia una muy numerosa cuadrilla de fieles, de regreso de las iglesias

inmediatas. Los hombres y los muchachos iban descubiertos, con las gorras ó los sombreros en la mano, como si fuesen en procesión; las mujeres llevaban en la cabeza sus pañuelos de dos varas, en la misma forma que se lo ponen cuando ván á la iglesia. Al frente de la piadosa comitiva marchaba el P. Ramirez, llevando la guía del rosario en voz alta, para que todos le oyeran y le contestaran.

Como si se hubiese hecho de propio intento, Facundo y Bernabé figuraban en el grupo con sus respectivas familias. También iban allí el tío Paco García con su hija Aurora, el amo del ventorrillo donde Facundo se disfrazó de contrabandista y casi todos los testigos presenciales de la pelea de la tarde de Carnaval.

Aquella especie de peregrinación nocturna abanzó por el carril adelante, con dirección á la ermita y es fama que cuando llegaron al punto donde el húsar y el batanero vinieron á las manos, despertó en la memoria de todos el recuerdo del suceso y el rosario se interrumpió por algunos instantes y todas las miradas se clavaron en los dos mozos, como queriendo descubrir sus sensaciones y pensamientos. Aurora por su parte esquivó la palidez de su cara rebujándose con el pañuelo y ella misma confesó después, que había sentido en aquellos momentos el mismo dolor que le produjo en el párpado el peladillazo del contrabandista.

La nave de la ermita se llenó con toda aquella gente de manera que podemos decir, usando una hipérbole huertana, que no cabía ni una punta de alfiler. Todos los fieles se arrodillaron delante del monumento, cesando minutos después el rezo en comunidad, para que cada uno se dedicara á sus devociones particulares.

En el pequeño santuario reinó entonces un silencio magestuoso y solemne, solo interrumpido por el débil siseo que se nota en las iglesias cuando el rezo mueve los labios y deja escapar monosílabos imperceptibles. De cuando en cuando se escuchaba también el sonido de las monedas, que algunos fieles dadivosos depositaban en la bandeja petitoria. En tanto brillaban como áscuas de oro todas las luces del monumento y los ramos de azahar esparcían por el aire sus deliciosas emanaciones.

Más de un cuarto de hora de profundo recogimiento había transcurrido, cuando el P. Ramirez se incorporó frente al altar mayor, delante de todos los feligreses, conservando en la mano su rosario de cuentas de azabache. También se pusieron de pié en el mismo acto los dos mozos enemigos, Facundo y Bernabé, que habían permanecido al lado del bondadoso jesuita, leyendo los capítulos de la pasión, en sendos devocionarios de tapas negras, adornadas con el *Jesús* y el *A. M. D. G.* que se vé en todos los libros de la Compañía de Jesús.

Entre los fieles se operó cierto movimiento de espontánea curiosidad, siendo muchas las mujeres que hicieron ademán de levantarse para ver mejor lo que sucedía; pero en esto se oyeron las primeras palabras del P. Ramirez y todo el mundo permaneció de rodillas.

El sábio misionero les dirigió una sencilla y conmovedora plática sobre el perdón de las injurias, lamentando con paternal dulzura lo ocurrido entre Facundo y Bernabé en la tarde de Carnaval.

—«Pública fué — dijo en sus últimas palabras — la ofensa inferida por vosotros á Dios y á la sociedad, en un momento de locura, y es muy justo que se haga público también vuestro arrepentimiento.»

«En nombre de la santa Religión que nos manda perdonar á nuestros enemigos, yo os ruego que os abraceis como buenos hermanos, delante de ese tabernáculo, donde se adora al Hijo de Dios sacramentado.»

Dió el P. Ramirez tal expresión de caridad y de convencimiento á sus palabras, que los feligreses de Beniscornia lloraban enternecidos. Facundo y Bernabé vacilaron un momento, mientras la soberbia humana abandonaba sus últimas trincheras; pero concluyeron por abrazarse entrañablemente.

El pueblo seguía llorando de alegría y el Padre Ramirez lloraba también, todo alborozado y sa-

tisfecho, como el que acaba de consumir una obra caritativa y santa.

VI

Poco después, dormían los vecinos del Rincón en sus humildes viviendas; el P. Ramirez, acompañado de Facundo y Bernabé, del tío Paco García y del tabernero, caminaba por el carril adelante, hácia el Convento de los Jerónimos, con su sombrero de canal calado hasta las orejas, su paraguas debajo del brazo y su breviario en la mano, y á lo lejos se oía el canto dulce y melancólico de la pasión, que los auroros de Beniscornia entonaban en la puerta de la ermita, en la noche de Jueves Santo, más serena y más placida que se ha conocido.





Fecha memorable



Á la Exema. Sra. Condesa de Heredia
Spínola y de Tilly, Marquesa de Iturbieta.

I

Jamás se han reunido en una población extraña tantos hijos de Murcia y su provincia, como había el año 1879 en la hermosa capital de Vizcaya.

El año anterior vino á escojer quintos á esta zona un bravo capitán del Regimiento infantería de Toledo, que estaba de guarnición en Bilbao, y como fuese paisano nuestro, hijo de uno de los pueblecillos de la huerta, todas las familias mostraron gran empeño en que los suyos se marcharan con él, en la esperanza de que en ningún otro cuerpo habían de estar mejor que al lado de un oficial murciano, que reunía por

añadidura la excelente condición de su carácter amable y bondadoso.

Las recomendaciones y los compromisos llovieron de tal modo, que el bueno del capitán se vió en la precisión de dirigirse al coronel del regimiento, suplicándole que ampliara la cifra del contingente de Murcia, disminuyéndola en las zonas de la Coruña, donde estaba eligiendo reclutas otra comisión del mismo Cuerpo.

Gracias á la benevolencia del coronel, que accedió á lo solicitado, fueron atendidos los deseos de cuatrocientas ó quinientas familias de esta provincia, correspondiendo la mayoría á los pueblos de la huerta, y una noche del mes de Marzo salió el tren mixto atestado de una juventud alegre y vigorosa que llenaba los coches del tren, promoviendo bulliciosa algarabía de cantares, risotadas y chicoleos, mientras sus madres y sus hermanas se deshacían en llanto en los andenes de la estación.

Dos noches después, entraban en Bilbao, por el puente de Isabel II, los quintos de Murcia, en correcta formación de dos en fondo, con sus morralillos á la espalda, precedidos de la banda de música del Regimiento, que ejecutaba por aquella esplanada del Arenal y de los muelles de la ría, el brillante pasodoble de «El anillo de hierro.»

Es posible que las hermosas bilbainas de aquellos tiempos que se asomaron á los balcones á

presenciar el desfile de los reclutas, recuerden todavía las ingeniosas ocurrencias y piropos con que fueron obsequiadas aquella noche por los hijos de esta tierra.

Pasó el tiempo y los soldados de Murcia se distinguían en el Regimiento por su disposición, curiosidad y disciplina, con gran contentamiento del coronel y sobre todo del capitán que los había reclutado, siendo muchos los que lucían á los pocos meses de estar en las filas los galones de cabo. Entre ellos figuraba uno muy alto de estatura, seco de carnes y algo recargado de hombros, que, más bien que para el ejercicio de las armas servía para el de la pluma, por lo cual fué destinado á las oficinas. Con el nombre del cabo Gonzalez se le conocía en todo el Regimiento y era fama entre sus camaradas que había sido bautizado con las aguas que empujan y hacen andar á la rueda de la Ñora.

El Regimiento se alojaba en el hermoso cuartel de San Francisco, en la calle principal de Bilbao *la vieja* que lleva este mismo nombre, y en una casa de la acera de enfrente, que hace esquina á la subida de Cantarranas, existía un modesto café llamado del Murciano, porque su dueño era también de uno de los pueblos que fertiliza el Segura.

Las tardes que no había instrucción y estaba la fuerza franca de servicio y las primeras horas de la noche, desde el toque de marcha hasta el

de retreta, singularmente en la época de las lluvias, se ponía el café Murciano lo que se llama de bote en bote de cabos y soldados, que entraban allí como en su propia casa, á jugarse al dominó una taza de café con sus correspondientes gotas, que valía cinco céntimos. Algunas veces se calentaban los jugadores, disputándose á una sola partida las copas de rón y marrasquino, con lo que solía hacer un buen negocio el dueño del establecimiento.

II

Una tarde del mes de Octubre, debía salir el Regimiento á practicar ejercicios de instrucción en la explanada de Albia, donde está en la actualidad la hermosa plaza de López de Haro, y ya estaban formadas las compañías en sus respectivos dormitorios, cuando en cosa de un momento, como suele ocurrir con frecuencia en las costas del Cantábrico, se cubrió el cielo de nubes plumizas y empezó á caer una lluvia de gotas muy menudas, como agua cernida; pero con una constancia desesperante.

Suspendióse por esta causa la salida del Regimiento y el corneta de la guardia de prevención, ejecutó el toque de paseo, con gran alegría de la tropa, que no suele gustar de simulacros, donde se dán batallas y se libran combates de mentirigillas.

Momentos después, se veía la calle de San

Francisco cuajada de soldados, en traje de capote y ros con funda negra, que apresuraban el paso para librarse de la lluvia, penetrando en el café Murciano con la misma ligereza que si se tratara de tomar una plaza por asalto.

No se alegró el dueño del establecimiento, como otras veces, al recibir tan numerosa guarnición en una tarde en que se había hecho la mala cuenta de estar solo y no despachar válida de dos cuartos, sino que se apuraba y se afligía más visiblemente á medida que sus paisanos iban llenando las mesas del café, con ese buen humor de la gente moza que viste el uniforme del soldado y que se traduce siempre en oleadas chispeantes de bromas y regocijos.

Notólo así el cabo González, que se aproximó al mostrador á pedir los periódicos y como le preguntara por la causa de su tristeza, el pobre cafetero se enterneció más todavía, arrasándosele los ojos de lágrimas, sin tener acción para otra cosa que para alargarle los periódicos que sacó del cajón y para decirle sollozando: «Yo no sé lo que haga, cabo Gonzalez. A V. no puedo ocultárselo por más tiempo. ¡Qué desgracia tan grande! Lea V. eso y después haga lo que le parezca mejor.»

Y el dueño del café se limpió dos gruesas lágrimas que rodaban por sus megillas.

El cabo González recibió los periódicos con penosa incertidumbre, porque no se explicaba

lo que sucedía y desde el mostrador que estaba en la penumbra del fondo del café, se dirigió aceleradamente á una de las ventanas acristaladas que daban á la calle de San Francisco.

En aquellos momentos era extraordinaria la animación que reinaba en el café. Algunos grupos de soldados barajaban sobre el tablero de las mesas las fichas del dominó, celebrando con risibles bufonadas el triunfo de las partidas; en otro corrillo se discutía sobre la hermosura y la gracia de las mujeres murcianas, votando cada uno de los asambleistas por las hijas de sus respectivos pueblos, y más allá era el huertano del Segura que cantuseaba con cadencia musulmana una copla de malagueña, entornando los ojos de la cara para abrir los del corazón, que miran á su querida tierra, donde tiene todos sus amores y todas sus alegrías.

Sentóse el cabo González en un rincón apartado y no se daba tiempo á desdoblar los periódicos para enterarse pronto de las noticias, pues no sabía qué maldito aguijón se le había clavado en el alma, con las palabras del cafetero.

Eran aquellos periódicos tres números de *El Diario de Murcia*, que había recibido juntos el dueño del café y que correspondían á los días 15, 16 y 17 de aquel funestísimo y malhadado mes de Octubre, en que nuestra hermosa huerta, con sus incomparables arboledas, con sus pintorescos pueblecillos y caseríos, con su edé-

nica frondosidad y hermosura, fué arrasada en una noche de triste memoria y convertida en inmenso cementerio.

A medida que el cabo González avanzaba en la lectura de aquellas reseñas dolorosas de la inundación, que parecía que el Sr. Tornel las había escrito con su propia sangre, con las propias agonías de los inundados que sucumbieron, con los propios dolores de las viudas y de los huérfanos que gemían en el desamparo, iban estremeciéndose todos los miembros de su cuerpo, palidecía su rostro adquiriendo tonos cadavéricos y las amarguras de su corazón se rezumaban por los ojos, resbalando y cayendo sobre el papel, como caía y resbalaba el lagrimeo de la lluvia por la superficie de los cristales.

Alguna vez levantó la cabeza para dirigir su mirada entristecida por todo el salón del café, donde se divertían alegremente muchos compañeros de armas, de toda la zona de la huerta que había sufrido mayores estragos, y á quienes la terrible inundación habría arrebatado quizá toda su hacienda y con ella los seres más queridos de la familia.

A la honda pena del desastre que describían los diarios, se unió la compasión que inspiraban al cabo González las grandes desgracias que habían de afligir muy pronto á casi todos los individuos del Regimiento, y no sabía si ocultar la noticia, sufriendo él solo las penas de sus bue-

nos amigos y paisanos ó darla á la publicidad en aquel mismo instante, para que no continuara por más tiempo el penoso contraste que forman el dolor y la alegría, confundidos en una misma familia.

III

Después de obstinada lucha se inclinó el ánimo del compasivo militar á favor de la última de estas dos consideraciones y entonces, aparentando una serenidad que no podía tener de ningún modo y haciendo un esfuerzo supremo para dominarse, se puso de pié en el mismo lugar donde se encontraba, dirigiendo la palabra á sus compañeros en estos términos:

«Queridos paisanos: A vosotros, los que habeis nacido en la hermosa tierra de Murcia, me dirijo para daros una mala noticia que aflige mi corazón.

»Para ello cuento con que sois bravos militares y hombres de alma, capaces de sobreponeros á las situaciones más difíciles de la vida.

»Aquella hermosa huerta donde quedaron nuestros padres y nuestros hermanos y á donde nosotros dirigimos continuamente nuestros recuerdos y nuestros pensamientos, ha sido arrasada por una terrible inundación, destruyendo pueblos enteros y causando multitud de desgracias.

»Oid lo que dicen los periódicos que tengo en a mano; pero antes elevemos nuestros corazo-

nes al cielo, por el eterno descanso de las víctimas.»

Apesar de la brevedad de su discurso, el cabo González no pudo articular una palabra más. Los soldados descubrieron sus cabezas y todos se pusieron de pié.

Hubo entonces unos momentos de silencio, solo interrumpido por las modulaciones de la oración y por los suspiros y sollozos ahogados que no podían comprimir aquellos valientes.

¡Jamás se ha visto en el mundo, como se vió aquella tarde, un café de soldados convertido en templo de oración, donde había tantas almas unidas por las mismas angustias y por los mismos sentimientos!

Empezó la lectura el cabo González y apenas si tuvo alientos para concluir el primer artículo. La escena que se desarrolló entonces fué conmovedora y dolorosa hasta lo indescriptible. Allí había hijos de Nonduermas, de Aljucer, de Rincón de Seca, de Alquerías, de Beniaján y de todos los pueblos ribereños que sufrieron mayores estragos con la inundación. Los pobres se abrazaban estrechamente con el mayor desconsuelo, invocando en sus amargas tribulaciones los nombres queridos de la familia, mientras el dueño del café y algunos compañeros de otros pueblos de la pruvincia, procuraban tranquilizarlos con todo linage de demostraciones amistosas.

Terminada la lectura de los periódicos, el ca-

bo González propuso que fueran todos juntos á buscar á su protector el capitán murciano, para enterarle de aquella tremenda desgracia y para que les acompañara á casa del señor Coronel. Así se hizo á pesar de la lluvia que arreciaba y aquella noche fué la primera de quebranto y de luto en el cuartel de San Francisco.

A la mañana siguiente se dirigió todo el Regimiento á la Basílica de Santiago, donde el Padre Belmonte, como le llamaban al capellán del primer batallón, que era hijo de Alquerías ó Torreagüera, ofició una misa de *requiem* por las víctimas de la inundación, y en la tarde del mismo día salió postulando por las calles de Bilbao una estudiantina organizada en el Regimiento, que recogió fondos de importancia con destino á los huertanos de Murcia que habían quedado en la mayor infelicidad, y cuentan que las nobles y hermosas hijas de la invicta Villa, arrojaban desde los balcones sus cuantiosas monedas, rociadas con tiernas lágrimas de compasión.





Las Misas de Gozo

A la distinguida señora Doña Ma-
ría del Pilar Almanza, de Guirao.

I

Con una anticipación de quince días, se hablaba entre la gente moza de cierto lugar de la huerta, de que las misas de gozo iban á ser aquel año más rumbosas y más lucidas que los anteriores. Al menos así lo había asegurado Fuentasanta cobertera en el mentidero del horno, la cual tenía motivos para estar bien enterada de estos asuntos, porque su novio el Nene seguirillas era el promotor de la fiesta.

También era muy atendible el parecer de la Jesusa, que estaba en relaciones con Juanillo Carrasco, el hijo del barbero del lugar, porque en las barberías todo se habla, amen de que Juanillo

era un gran elemento entre los mozos del partido, por su competencia musical en toda clase de instrumentos de cuerda. Con este precedente no es extraño que la Jesusa se pavoneara á diario afirmando en todas partes que la primera serenata de las misas de gozo iba á ser para su personilla, á despecho de la cobertera que sostenía todo lo contrario.

Pero ninguno de los rumores que corrieron por el caserío sobre el negocio de las misas tuvo la debida confirmación, hasta que llegó el domingo 12 de Diciembre, víspera de Santa Lucía, en que se reunieron varios mozos del partido, después de la misa de alba, para resolver definitivamente el asunto.

La sesión preparatoria se verificó en el tabernucho más público del caserío, donde entraron á tomar la mañana con el mayor descaro, ya que en estos dichosos tiempos de libertad que disfrutamos, no reparan los mozos de la huerta en eso de frecuentar los ventorrillos; antes bien, parece que se hombrean y se vanaglorian con tan afrentosa costumbre.

No sucedía otro tanto en tiempos pasados, cuando las muchachas preferían quedarse á vestir santos, más bien que sostener relaciones amorosas con mozos aficionados á la bebida. Por lo menos entonces se veía entre la gente jóven de nuestros pueblos rurales cierto decoro personal, cierto temor al desprecio de las mujeres y á las

censuras del vecindario, que les apartaba de este y otros vicios no menos detestables.

Después acabaron las muchachas por transigir con sus pretendientes en lo del abuso del vino, entrando con todas como la romana del infierno, sin pensar que en el pecado llevan la penitencia; porque luego á luego se casan con el borrachín preferido y aún no han pasado los tres primeros días de la luna de miel, cuando empieza á reinar en la casa el santocristo del garrote.

Tomaron los mozos sus dos ó tres rondas de aguardiente; encendieron sus cigarrillos de papel ó sus tagarninas fuertes como las carretillas rabiosas y se echaron á la calle en busca de una cocina confortable, donde pudiesen celebrar su asamblea, huyendo del frío que se dejaba sentir muy bien aquella mañanica.

Encontráronse con el sacristán en la plaza de la iglesia y cuando este se enteró del proyecto que llevaban, les dijo con tono de resentimiento.

—Me paece mentira que no tengais confianza conmigo. ¿Pues no sabeis vusotros que mi casa y tó lo que yo tengo está á vuestra disposición? ¡Vaya! ¡vaya! Ahora mismo se veneis que a ll habrá lumbre y anchura pa tos. ¡No faltaba más!...

Apesar del viento helado que corría, el pobre sacristán iba á cuerpo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y sin otro abrigo que

un traje de merino sacado á fuerza de cálculos geométricos, de unas sotanas viejas del señor cura.

La proposición del sacristán fué aceptada y los mozos se acomodaron perfectamente en la cocina, sentándose, á falta de sillas para todos, en unos bancos de los que tiene la Congregación de los Luises en la parroquia del pueblo. La sacristana buscó enseguida unas cuantas gavillas de leña de morera, para pagarlas con el producto de las misas de gozo y poco después ardía en aquella casa una fogata como no se había conocido nunca. Los cinco hijos pequeños del sacristán aprovecharon la coyuntura para disfrutar de aquel extraordinario y fueron colocándose en el suelo, formando semicírculo alrededor de la lumbré.

El Nene seguirillas fué el primero que hizo uso de la palabra.

Era este un muchacho raquítico y pequeñín, sin un pelo en la cara á pesar de sus diez y nueve años, rústico en el decir y ordinariote en sus modales; pero entre la humilde condición de simples jornaleros de todos sus camaradas, disfrutaba del predominio y la influencia que dán las veinticinco tahullas propias que su padre llevaba en cultivo.

Seguirillas propuso que desde luego se celebraran las misas de gozo.

—Al año que viene—decía—Dios sabe quién

vivirá y ande estaremos tuiquios nosotros si semos declaraos soldaos y nos llevan á servir al rey. La gracia es que no se diga en el partío que los mozos de ahora semos unos miserias. Entre los diez que estamos aquí salimos á misa por cabeza, de moa y manera que no tengo más que icir y el que no esté conforme que levante el deo.

Todos dijeron que sí menos el hijo del barbero que se atrevió á presentar una enmienda para que se incluyeran también en el reparto á otros mozos que no estaban presentes, con objeto de que saliera más económica la función, indicando al propio tiempo la necesidad de que los músicos tomaran la mañana todos los dias á costa del fondo común, como era de costumbre.

La moción fué aprobada por unanimidad y entonces el sacristán, después de aplaudir á Seguirillas y á todos los presentes, se ofreció para ayudarles á vencer la resistencia del señor cura, que no era partidario de las misas de gozo, por las irreverencias que suelen llevar consigo.

Con esto y con recomendar Seguirillas á sus compañeros que se guardara el mayor secreto sobre lo acordado, con el fin de dar una agradable sorpresa á los vecinos del caserío, se dió por terminada la reunión y los mozos salieron á a calle, cuando el sol se había levantado bastante, oreando con sus templados rayos el ambiente glacial de la madrugada.

II

El arte musical huertano tiene su domicilio propio en las barberías. Barbero y guitarrista es una misma cosa en todos los pueblos rurales y una barbería sin guitarra es como una jaula sin pájaros. Como el trabajo del oficio se reduce á unas cuantas horas del sábado en la noche y el domingo por la mañana, el resto del tiempo lo pasan los barberos esperando á sus parroquianos en continua serenata. Después de todo, esta ocupación es mil veces preferible á la que han adoptado muchos obreros, abandonando sus herramientas con dos ó tres horas de sol, por obra y gracia de las corrientes socialistas, para malgastarse el jornal en la taberna.

Cuando el hijo del barbero llegó á su casa, después de la reunión, estaba toda la entrada llena de igualados, esperando turno para afeitarse. Por mucha prisa que se daba el aprendiz á enjabonar parroquianos, no daba abasto al maestro, cuyas manos parecían un remolino. Como si esto no fuese bastante, Juanillo se agarró también á las navajas y á este quiero y á este no quiero, entre el padre y el hijo, los despacharon á todos en menos de una hora.

Precisamente no era otra cosa lo que deseaba Juanillo, sino desocuparse cuanto antes para desempolvar los instrumentos de cuerda que tenía medio arrumbados en su cámara, desde que se

disolvió la orquestilla del pueb'o. El se había comprometido á resucitarla para amenizar las misas de gozo y no tenía más remedio que salir adelante con su compromiso.

Arregló, pues, en el resto de la mañana dos bandurrias y dos guitarras, completándolas de cuerdas y clavijas; se hizo de dos panderetas grandes y unos platillos de latón que pertenecían á la hermandad de las Animas; encargó en la cacharrería del lugar media docena de pitos de agua, de esos que imitan muy bien el gorgo de los ruiseñores y por último citó á los músicos para aquella misma tarde, á un barracón de la huerta, con el fin de concertar los instrumentos y ensayar algunas cosillas, sin que lo entendiera el vecindario.

Mientras se organizaba la música, el sacristán y su mujer se encerraron en la iglesia para arreglar el altar mayor de un modo adecuado á las misas de gozo, que iban á celebrarse. A falta de esculturas apropósito, colocaron á la derecha del pequeño tabernáculo del altar mayor una imagen de la Santísima Virgen, sustituyendo la corona imperial con un sombrero de pastora adornado de flores y guirnaldas y á la izquierda pusieron al Patriarca San José, desprovisto del niño Jesús que ostenta en sus brazos; pero con la vara florida en la mano y otro sombrero en la cabeza, parecido al de su divina esposa.

Las gradas del altar y los lados del presbiterio

se cubrieron muy bien con ramas de pinocha y tallos de terebinto, que subían como plantas trepadoras entre la profusión de velas y candelabros que le llenaban todo.

Hecho esto despabiló el sacristán la lámpara que chisporroteaba en el silencio del claustro; subió á la torre á engrasar un poco los ejes de las campanas y como ya se iban extinguendo las arreboleras del crepúsculo, hizo sonar el toque de oraciones.

Entró la noche á toda prisa, como entran siempre las noches del invierno y el Nene seguirillas, después de cenar muy temprano, según costumbre de la huerta, se embozó en su manta de cuadros multicolores, dirigiéndose á casa de Juensantiquia, como él la llamaba. En la cocina de Antón cobertera, ardía una trepa de olivo, levantando llamaradas ondulantes y en el centro del arco de la casa, brillaba una lámpara eléctrica de diez bugías, inundando de luz todas las habitaciones.

No estaba Cobertera en condiciones de sostener aquel confort de rico propietario, porque ya se sabe hasta donde llegan los doce reales de sueldo que ganaba en un taller de aperaduría, á más de una legua de su casa y á costa de dos caminatas diarias, una por la madrugada y otra por la noche; pero desde que Seguirillas se dirigió á Fuensanta parece que á todos los de su familia les picó ese demontre de abejorrico del quie-

ro y no puedo, que la diosa vanidad suele mandar á muchos hogares y allí no había más que aparentar lo que no era y vivir á la faz del mundo como unos mayorazgos, aunque la procesión fuese por dentro. Empezaron por retirar á la muchacha de la fábrica de la seda, donde iba ganando para su ajuar, porque no estaba bien que la prometida del hijo del ricachón del pueblo perteneciese al humilde gremio de las fabricantas y concluyeron por cometer todo linage de adulaciones y desatinos, no faltando otra cosa sino que pusieran á Seguirillas en un altar y le echaran humo con un incensario.

Flaquezas humanas son estas hijas de la ofuscación y de la ignorancia, que á más de cuatro familias de dentro y fuera de la huerta les han valido muchas lágrimas y muchos desengaños.

Con tal confianza entró Seguirillas en casa de su novia, que no hizo más que sentarse, prescindiendo de todo género de cumplimientos, en el mejor sitio de la cocina.

Sus conversaciones con Fuensanta recaían ordinariamente en los negocios de su padre.

—Hoy habemos tomao tantos miles de reales de naranjas; mañana voy á Murcia á comprar un par de yeguas pa el arao; este año vamos á sembrar ocho tahullas de trigo; pero aquella noche se le adelantó la muchacha dándole otro giro á la conversación.

—¿Y qué me dices de las misas de gozo?—le preguntó á boca de jarro.

—Pos mira, á eso iba. Tenemos hablao de no icir á naide una palabra.

—¿Ni á mí tampoco?

—Tú no entrarías en la cuenta; pero como la cosa era que sus cogiera á tuiquios de improviso...!

—Mira como la Jesusa lo sabe tó del hilo al pabilo.

—¡Qué ha de saber esa trapalona.—Al cabo que no le he restregao yo á tós que no digan una palabriquia!

—Sí; pero los demás no son como tú que cumples la palabra aunque veas á tu novia con un palmo de lengua juera.

—Porque serán unos mantellinas.

—Eso no lo digas tú. También pué ser que el barbero quiera á su novia más que otros y no tenga secretos pa ella.

—Lo que yo digo es que cá uno es cá uno y Juanillo ha pecao siempre de hablaor.

—Se le habrá pegao de la Cobertera. Porque na menos que esta mañana le ha faltao el mundo pa icir lo que habeis tratao ca el sacristan. Y como pa darme cordel ha güelto á repetir que será pa ella la primera música y que yo me limpie los morros, que si tú eres el caporal de las misas de gozo, su novio es el diretor que manda en los músicos.

—¿Será lo güeno que al soplón del barbero le voy á romper los hocicos? Y de eso de la música riete tú, que los mozos vendrán derechiquios aquí á tu casa. ¿Qué hora será?

—Y me lo preguntas á mí? ¿De qué te sirve ese reloj tan grande que llevas en el bolsillo?

—Por ahora no me sirve de ná. Dista que aprienda á conocer la hora ¿pa qué voy á darle que ande?

Apenas había concluido Seguirillas de decir esto, cuando se oyó la primera campanada de las ánimas; los novios cruzaron una mirada de inteligencia; la madre de Fuensanta, que vigilaba á su hija durmiendo al amor de la lumbre, se santiguó maquinalmente y antes de concluir de rezar sus tres padrenuestros y sus tres avemarías por las almas de los difuntos, resonó por todo el caserío el alegre volteleo de las campanas, anunciando las misas de gozo.

La buena nueva fué recibida por la gente jóven con grandes muestras de regocijo y lo único que sentía Seguirillas era que la sorpresa no hubiese sido general, porque el bocarrota del barbero puso en autos á la Jesusa, lo cual era lo mismo que contárselo á todo el vecindario.

Al preludeo de las campanas siguió la bulla de los mozos que recorrían las calles, tocando y cantando el aguinaldo, hasta llegar á casa de Fuensanta, donde se desasnaron á su gusto con toda clase de bromas y relinchos. Entonces Seguiri-

llas se incorporó á sus camaradas para continuar la música por los rincones del pueblo, con el fin de alistar en la hermandad á todos los mozos que encontraran á su paso, poniendo de este modo en ejecución la enmienda de Juanillo el barbero.

III

Los hijos de la huerta de Murcia son ordinariamente madrugadores y más en la época del invierno, en que, apesar de ser las noches tan largas, se acuestan al toque de ánimas, porque profesan la teoría de que en ninguna parte se está mejor que en la cama; sin embargo la mañana en que dieron principio las misas de gozo nadie aventajó al sacristán en lo de levantarse con las estrellas. Aún no habían dado las cuatro, cuando el silencio de la noche fué interrumpido por una alborada general de campanas. Sin duda se encargó de llamar al sacristán el sereno del pueblo, que á tales horas suele ir de casa en casa, aporreando puertas, para que se despierten las obreras de la fábricas de seda y los revendedores de frutas y hortalizas, que toman el camino de la ciudad antes que amanezca el día.

Poco á poco se fué animando el poblado. Familias enteras transitaban por las calles obscuras en dirección á la iglesia. Las mujeres iban rebujadas en sus pañuelos negros de merino, procurando inútilmente resguardarse del frío. Los hombres, á su vez, salían de sus casas emboza-

dos hasta las orejas en mantas de Alcoy muy poco confortables, de las que impuso hace algunos años la industria fabril, con gran perjuicio de los telares de Espinardo, que llegaron á disfrutar justa y merecida fama en esta clase de tejidos.

Cuando sonó el último toque á misa ya estaba el templo parroquial cuajado de feligreses, desde las gradas del presbiterio al modesto cancel de la calle; el señor cura recorría sigilosamente las capillas, con su eterno breviario en las manos, imponiendo orden y silencio á los muchachos; el monaguillo, revestido con unas sotanas muy cortas y un sobrepelliz muy largo, encendía las velas del altar mayor, mientras en el coro se escuchaban las notas y diapasones mal disimulados, que arrancan los músicos para afinar los instrumentos de cuerda.

Por fin salió el sacerdote al altar; cantó el sacristan un solemne *introito*, con esa voz cascarrada que se les pone luego á luego á los cantores de profesión, y enseguida ejecutó al armonium, con acompañamiento de guitarras, bandurrias, panderetas, pitos de agua y demás instrumentos de sonajería, el *kiries* de una misa de pastores tan original y tan alegre, que no parece sino que su autor había conseguido refundir en aquella hermosa partitura toda la poesía de las montañas y todas las bellezas de los cantos populares.

Los intermedios se amenizaron con sencillos villancicos ó con números de la zarzuela moderna, tales como el coro de «Los Repatriados», del eminente compositor murciano señor Fernández Caballero y cuando la orquesta enmudecía, en ciertos momentos solemnes de la misa, quedaba al descubierto el continuo toser de los fieles, como si se tratara de un pueblo invadido por el asma ó la tuberculosis.

El señor cura echó, por último, su bendición al pueblo, y entonces se arrancaron los músicos con un aguinaldo enloquecedor. Cada cual entonaba su copla de alabanza á la Virgen y á San José y todos á coro repetían los últimos versos á manera de estrivillo, despertando el mayor regocijo y entusiasmo en el corazón de los fieles.

Se abrieron de par en par las puertas del templo y mientras los feligreses llenaban las calles, dirigiéndose apresuradamente á sus respectivos domicilios, porque la mañana era demasiado fría, el rubicundo Apolo, como le dicen los poetas, empezó á descubrir su rubia cabellera entre los celajes del Oriente.

IV

Las misas de gozo continuaron cada dia con mayor lucimiento y concurrencia hasta Nochebuena, en que se dió fin al poético docenario, con una misa de gallo que hubiera sido el colmo de la solemnidad, si más de cuatro beodos se

hubiesen quedado en sus casas durmiendo la *mona*, en vez de concurrir á la iglesia en calidad de seres irracionales.

Los mozos celebraron otra asamblea de liquidación y clausura; el sacristán percibió perra sobre perra su estipendio completo, con lo que se puso más alegre que unas castañuelas, porque había resuelto el conflicto del pan de la Pascua, y parece ser que Seguirillas y el barbero tuvieron unas palabras sobre si este le habia dado serenata á la Jesusa antes que á la Cobertera y sobre la fragilidad que Juanillo había tenido, faltándole tiempo para enterar á su novia de lo tratado en la primera junta; pero todo esto se transigió facilmente con el proyecto de una francachela que habían de celebrar los mozos, á modo de juicio de conciliación.

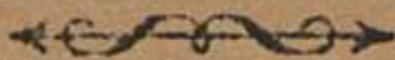
Las que no se reconciliaron tan pronto, fueron la Jesusa y la Cobertera. Cada una siguió con su miagica de envidia y no desperdiciaban ocasión para darle á la lengua, y ponerse como chupa de dómine.

Entre Seguirillas y Fuensanta no se sabe lo que pasaría después; pero es de suponer que acabarían por romper las relaciones, porque los alhagos y los mimos que se tributan al novio en casa de la novia, generalmente dán resultados contrarios á lo que con ello se proponen.





¡Viva Santa Bárbara! (1)



A los Sres. Jefes, Oficiales y Obre-
ros de la Fábrica Militar de Pólvora.

I

A la derecha de la rambla de la Ventosa, en el lindero de los campos de la Ñora y el término de Molina, se eleva un montecillo formado de piedras calizas, en cuyas laderas estériles solo crecen algunos tomillos leñosos que brotan entre las coyunturas de la roca, conocido por los pastores y campesinos de aquellos contornos, con el nombre de Cabezo blanco.

Al pié de esta eminencia forma el terreno una hondonada profunda, una especie de cañada ocul-

(1) Inspirado en la novela *Huertanos y Franceses*, del notable escritor murciano D. Andrés Blanco.

ta y solitaria, en la que se penetra por un ramblizo estrecho y pedregoso, que conserva todavía indicios de haber sido en otro tiempo camino transitable.

Los antiguos polvoristas de la Ñora dieron pruebas de acertada previsión, construyendo en lo más hondo de la cañada un polvorín grandísimo, para depositar mensualmente las pólvoras elaboradas en el molino del Cuerpo de Artillería, evitando de este modo el peligro inminente que ofrecen los actuales almacenes.

Tal vez por estar edificado el polvorín sobre un cascarón de roca que se prolonga desde las faldas del Cabezo blanco al fondo del valle, se le llamó desde su fundación el almacén de la Losa, con cuyo nombre se le conoce todavía.

Pegado al exterior de la muralla que protegía el polvorín, se levantó un pequeño cuartel para el destacamento, comunicándose con el depósito por medio de una puerta de surtidero y se abrió un subterráneo de amplias dimensiones, para conservar las aguas de lluvia.

II

El día 4 de Diciembre de 1812 hacían la guardia del polvorín tres operarios del molino de la Ñora. Era comandante de aquella guarnición que pudiéramos llamar de dos soldados y un cabo, el veterano maestro Capel, á quien sus com-

pañeros llamaban el maestro Remendones, porque tenía las manos y la cara llenas de quemaduras y cicatrices, á consecuencia de una explosión ocurrida, algunos años antes, en los morteros de su cargo, donde se maceraban las mezclas ternarias de la pólvora. Los otros individuos que constituían el pequeño y valeroso destacamento, eran dos obreros de la misma corporación, robustos y valientes como dos gladiadores romanos. El uno se llamaba Beltrán y el otro Ruiz, denominándoles siempre por los apellidos, según la costumbre que habían introducido en el personal los jefes del establecimiento.

Al apuntar el alba, ya ondeaba la bandera española en lo más alto del Cabezo blanco, en señal de fiesta, por ser el día de la santa Patrona, y los tres polvoristas lucían sus zaragüelles como el armiño, ya que los días laborables los llevaban siempre difuminados de polvo negro, sentados á la redonda, en la puerta del cuartelillo, donde habían empezado á celebrar la fiesta de Santa Bárbara, mezclando algunos higos secos entre trago y trago de aguardiente.

De cuando en cuando escuchaban el fragor de los morteretes disparados por los otros polvoristas en la puerta de la iglesia de la Ñora, como salvas de honor á la Patrona de los artilleros y entonces, el entusiasmo patriótico de la guarnición se exteriorizaba en aclamaciones y «vivas» á Santa Bárbara y al Cuerpo de Artillería, que

iban á repercutir, como ecos misteriosos, en el seno de los golliznos.

Llegó el júbilo y la broma á tal extremo, que Ruiz y Beltrán cogieron en hombros al maestro Capel, sin que este pudiese evitarlo y lo pasearon en triunfo por toda la replaceta, en medio de la mayor alegría, como hacen los soldados en los cuarteles con los jefes del regimiento, en las grandes fiestas militares.

En tanto se levantó el sol naciente por las cumbres de la sierra, bañando los cabezos y las hondonadas de luz esplendorosa y el enjambre de las totovías que abundan mucho en aquellos campos solitarios, alzaron su vuelo para tomar parte en la gresca de los polvoristas, trinando y revoloteando alegremente.

II

Terminada la fraternal y simpática demostración de afecto hácia el maestro Capel, que representaba allí el principio de autoridad, tanto por estar nombrado por el Rey, como por su avanzada edad y su brillante hoja de servicios á la pátria, se impuso la mayor cordura en el pequeño destacamento, recayendo la conversación sobre el tema obligado de la guerra que los españoles sostenían contra los franceses, para despojarse de la perfidia napoleónica, que subyugaba gran parte de nuestro territorio.

El maestro Capel se hacía lenguas, alabando

el heroismo de Daoíz y Velarde, glorias impecederas del Cuerpo de Artillería, á quienes él conoció personalmente, y á este propósito, hizo á su modo una sencilla y conmovedora narración de aquella jornada memorable del 2 de Mayo, que Beltrán y Ruiz escucharon sin parpadear.

Las palabras de Remendones, evocando el recuerdo de los mártires de nuestra independencia, inflamaron una vez más la llama del patriotismo en el corazón de los polvoristas y momentos después no se sabía cual de ellos era capaz de mayores hazañas, en caso de que tuviesen que habérselas con los invasores.

—No sus desesperéis, muchachos—decía Remendones—que si las cosas ván como ván, quizás tengais ocasión de verse las caras con ellos.

—Ojalá juera mañana mesmo—repitió Beltrán apretando los puños.

—Entonces vería osté como peleábamos nosotros como unos leones—prosiguió Ruiz lleno de corage.

—Pos las noticias que yo tengo no son mu güenas que digamos—continuó diciendo el maestro.—Anoche cuando yo bajé á la órden, se zurría por el pueblo que el general Villacampa había salio á uña de caballo con toa la guarnición de Murcia, huyendo del balamío de franceses que vienen por el camino de Andalucía.

—Lo que me dijieron á mí, hace tres ú cuatro

días—interrumpió Beltrán—jué que los franceses le habían puesto sitio á Cartagena y que se oyeron al otro lao de esa sierra de enfrente muchos cañonazos.

—¿Pos sabes lo que te digo?—contestó Ruiz—que puede que sea verdad to eso, porque un arriero que llegó el miércoles al mercao de Alcantarilla, aseguró que por los campos de Mazarón había pasao un ejército mu grande, que iba pallá, pa Cartagena.

—Lo cierto es, caballeros,—dijo Remendones—que la cosa está delicá; que esta tierra es mu güena tierra y que los franchutes nos ván ronceando dista hace mucho tiempo.

—Por nuestra parte, maestro, pueden venir cuando quieran—contestó Beltrán.—Mientras tengamos nosotros esas carabinas tan hermosas que tenemos ahí dentro, no hay miedo denguno. ¿Es verdad, Ruiz?

—¡Y que lo digas, amigo Beltrán! Si vinieran esos tíos por aquí, te aseguro yo que los espanzorrábamos como chinos.

—Así me gusta á mí la gente,—contestó el maestro Capel—con sangre y con reaños pa cualquiera cosa. Muchachos, ¡mueran los franceses!

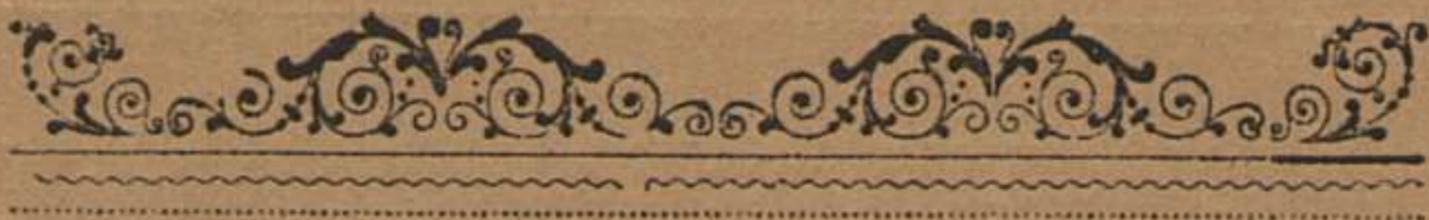
—¡Mueran.....!!!!

IV

Sucedió entonces lo que se dice del ruin de Roma, que cuando lo nombran asoma; porque

cional que flotaba entre el espesor de la humareda, en lo más alto del Cabezo Blanco.





El regalo de novia



A la muy distinguida y respetable señora
Doña Teresa Malo de Molina, de la Cierva.

I

No se habla en todo el partido de la Alboleja de otra cosa que de la próxima boda de Fuen-santa la riza con Pepe el lechuguero, primogéni-to del tío Mayorajo.

Según el decir de la gente, ella es la muchacha más graciosa de la huerta, á la que le han llovi-do las mejores proporciones de casamiento desde que empezó á ser zagalona; pero luego murió su padre y con tal de no separarse de al lado de su madre, renunció á todo género de solicitudes amorosas, hasta que Pepe el lechuguero, nacido y criado en el mismo partido, de familia bien aco-

modada y bien conocida, se acercó á ella, ofreciéndole que si llegaban á ponerse en estado, continuaría viviendo en la misma casa de su madre. Fuensanta quedó en contestarle al día siguiente con el sí ó con el nó y después de medir y aquilatar muy bien las condiciones del mozo, fué admitido en la casa, con lo que Pepe el lechuguero se puso muy contento y alborozado, por la suerte que había tenido de ser el primero y el único novio de la encantadora Fuensanta.

Las cosas fueron tan de veras y tan de prisa, que dos meses después de estar en relaciones quedó concertado el matrimonio. Solo faltaban quince días para la Virgen de la féria, cuando se tomaron los dichos en la ermita de los Clérigos, por no haber consentido la madre de lá novia que esta primera diligencia se celebrase en lugar profano. El objeto era que los novios entrasen con buen pié en un negocio tan serio como el del casamiento y para esto nada le parecía mejor que la iglesia, aunque las gentes hayan caido en otras costumbres menos edificantes y cristianas.

En ocho días corrieron las amonestaciones, por la circunstancia de haberse intercalado un día de fiesta en medio de la semana y con esto quedaron cumplidos los planes del tío Mayorajo, que no eran otros sino que los novios estuviesen amonestados para la Virgen de la féria, á fin de que en tan hermoso día bajaran ambas familias á la

aún no se había extinguido el eco de los «mue-
ras», cuando por la garganta de los montes que se
prolongan á la izquierda de la rambla de la
Ventosa, asomó un cordón de gente armada
que bajaba la cuesta con dirección al polvorín,
siguiendo el camino construido desde las paredes
del cementerio viejo de Guadalupe al almacén
de la Losa.

Los polvoristas quedaron atónitos y sobreco-
gidos, contemplando el avance de aquellas fuer-
zas que aún no se distinguían bien á las claras,
hasta que el maestro Capel se convenció de que
eran soldados franceses, como los que él había
visto en varias ocasiones, y entonces, lejos de ate-
morizarse, se dirigieron llenos de valor al cuar-
telillo, á preparar armas y municiones para la
defensa.

La tarde anterior había entrado en Murcia una
columna de diez mil veteranos al mando de Soultz
y una de las primeras disposiciones de este orgu-
lloso general fué que las tropas invasoras se apo-
deraran inmediatamente del almacén de la Losa,
donde tenía entendido que existían grandes can-
tidades de pólvora.

Las órdenes de Soultz se cumplieron al pié de
la letra, saliendo de la ciudad, por el camino de
Espinardo, una compañía de infantería, guiada
por un paisano conocedor del terreno, á quien
obligaron á fuerza de culatazos para que desem-
peñara tan repugnante servicio.

Mientras el enemigo avanzaba ramblizo arriba hácia el Cabezo blanco, Remendones y sus dos compañeros de guarnición se disponían á defender el polvorín, arreglando aceleradamente sus carabinas de chispas, recalcándose el seno de cartuchos y de pólvora suelta para el cebo y adoptando el plan de guerrilla que les pareció más ventajoso.

Cuando todo quedó dispuesto se arrodillaron aquellos tres valientes delante de un cuadro de Santa Bárbara que había en el cuartelillo y después de elevar al cielo sus oraciones como buenos cristianos, juraron solemnemente derramar la última gota de sangre, antes que el almacén cayera en poder del enemigo.

Beltrán, que era el más jóven y el más fuerte, ocupó las avanzadas, situándose al amparo de un risco que le servía de trinchera, desde cuyo punto se dominaban muy bien las revueltas del camino; Ruiz se quedó algo más arriba, tendido de bruces en un canalizo y el maestro Capel no quiso elegir posición determinada, para acudir donde fuese necesario.

Hubo entonces momentos horribles de ansiedad para aquellos tres hombres que escuchaban cada vez más cerca el ruido de las armas enemigas y el tropel de los soldados que se aproximaban, hasta que se presentaron á tiro. Beltrán se echó la carabina á la cara y al propio tiempo que retumbaba la detonación en lo dilatado de

los campos, mordía el polvo de la tierra un tío franchute más alto que una loma.

Ruiz hizo fuego también, imitando á su compañero, y otra humanidad imperialista cayó desplomada en medio del camino.

Entonces aquellos aventureros asalariados, desataron sus lenguas maldicientes; ganaron las faldas de los montes desplegados en guerrilla, en medio de una algarabía ensordecedora, mientras los nuestros continuaban el fuego, hasta sembrar el campo de cadáveres.

La guerrilla francesa avanzó de tal modo, á pesar de las muchas bajas que sufría, que Beltrán no tuvo más remedio que abandonar su puesto, batiéndose en retirada; pero desgraciadamente eran tan nutridas las descargas del enemigo, que no tardó mucho tiempo en rodar por el suelo, abrazado á su carabina.

Momentos después, sucumbía también el pobre Ruiz acribillado á balazos, sin rendirse jamás, y entonces el maestro Capel, único superviviente de los nuestros, con el corazón lleno de tristeza y de ira, pero sin perder la serenidad de las almas heroicas, apeló al último recurso que tenía ya bien meditado, consiguiendo llegar hasta el cuartelillo, á fuerza de arrastrarse como una culebra.

Por la puerta de surtidero se introdujo precipitadamente en el almacén, donde los barriles

de roble formaban dos grandes pilas, á todo lo largo de la nave.

En menos tiempo del que se necesita para contarlo, desfondó uno de ellos; extrajo de su interior un saquillo que contenía cuatro arrobas de pólvora; dióle un corte por la parte inferior para que se vaciara poco á poco; hizo un buen espolvoreo al pié de los barriles y abandonó el depósito, con el saco en los brazos, dejando detrás de sí un reguero de pólvora que fué á terminar en el algollón practicado en los cimientos de la muralla, por la parte opuesta á la que iban á ocupar los franceses. Enseguida arrojó el saco al exterior; escaló la muralla con asombrosa agilidad, á pesar de sus años, y continuando el chorro por la falda arriba del Cabezo, llegó hasta la cumbre sin ser visto por el enemigo.

V

Los franceses entraron en el almacén como en país conquistado, por la puerta de la muralla que Remendones había dejado intencionadamente á medio abrir y cuando todos estuvieron juntos comentando el heroísmo del pequeño destacamento, se oyó un «viva» atronador á Santa Bárbara y casi simultáneamente voló el polvorín con estruendo espantoso que hizo temblar la tierra, no quedando en pié otra cosa de todo lo existente en aquellos lugares, más que la bandera na-

ciudad á comprarle á la Fuensantica el regalo de novia.

La tia Mayoraja se encargó de arreglar el viaje, de acuerdo con su futura consuegra la tia Candelaria, y aquella tarde, á la hora de la siesta, entraba por el carril que conduce á la casa de Fuensantica, la tartana más nueva y más vistosa que los mayorajos encontraron en la esplanada del Arenal, para trasladarse á la ciudad con todo el rumbo y todo el *aquel* que la muchacha se merecía.

Al escuchar las vecinas de la novia el ruido del carruaje y al ver la achocolada tienda de color azul modernista, que sobresalía y relumbra-
ba por encima de los panizos ya descopados, fueron aproximándose poco á poco á la vivienda de la *rizá* y cuentan y no acaban de lo hermosísima que iba, con aquellos colores de amapola fresca que encendían sus mejillas; con aquel pomo de clavellinas y rosas que se colocó entre las ondas de sus cabellos, rubios como el oro y con aquel finísimo pañuelo de Manila de color perla con bordados azules, que envolvía las formas agraciadas y esculturales de su cuerpo.

También lucía el novio su traje flamante de tricot, cortado y cosido á la moda en las sastre-
rías de la ciudad; sus botas mallorquinas de be-
cerro amarillo, su sombrero de forma cordobesa y color ceniciento, su vistoso pañuelo de seda á modo de corbata y su gruesa cadena de reloj,

prendida en el último ojal del chaleco, de manera que, algunos años antes, nadie hubiese dicho que Pepe el lechuguero era un huertano de la vega de Murcia.

La costumbre que mayor transformación ha sufrido en los pueblos rurales es la que se refiere al vestido. Al desterrarse los antiguos zaragüelles, adoptaron los huertanos el pantalón estrecho y la chaqueta corta que apenas les llegaba á la cintura; pero estas prendas se fueron modificando también, hasta el punto de que hoy viste en los días de fiesta, lo mismo que las clases del pueblo de la capital. Con respecto á las jóvenes labradoras, se puede afirmar otro tanto. Las modistas de Murcia, confeccionan vestidos con arreglo á los últimos figurines, para uso de nuestras hermosas huertanas. El día que prescindan del delantal que se ponen hasta para ir á la iglesia en las grandes festividades, sin curarse de lo mucho que se despega esta prenda con la mantilla de blonda que usan todas, habrán quedado convertidas punto menos que en señoritas elegantes. Lo que es una verdadera lástima, que en el habla, en ilustración y en higiene, vayan los pueblos rurales á paso de tortuga y no alcancen el mismo grado de progreso que en lujos de indumentaria.

La piqueta de las modas, sin embargo, no ha conseguido derribar ciertos usos arraigados entre la gente vieja, y así sucedió que mientras

Fuensanta y el Lechuguero se presentaron en la forma que hemos visto, el tío Mayorajo lucía su inseparable faja de algodón encarnado y su tradicional sombrero de felpas y las dos consuegras en ciernes, iban con sus antiguos moños de picaporte, sus alpargatas de cara tan estrecha que apenas les cabía el dedo gordo y las faldas tan cortas que dejaban casi media pierna al descubierto.

Un mozo de mulas de la casa de Fuensantica se encargó de recoger el borrego, del quijero de la acequia, donde pacía á sus anchuras; la fecunda cerda de criar, con su numerosa prole de siete lechoncillos pequeños, que hociaban y gruñían á la sombra de una higuera centenaria, y el hermoso par de novillos que sesteaban apacibles y mansos bajo la rústica tenada de palos y zarzos, con pesebres de madera. Los pollos y las gallinas, espedigados por toda la hacienda, acudieron al llamamiento de la tía Candelaria y al reclamo de las granzas de trigo, y fueron prematuramente encerrados en el corral.

Hechas estas y otras diligencias no menos necesarias; convencida la tía Candelaria, que se resistía á ocupar su asiento en la tartana, por ser la primera vez en su vida que montaba en un carruaje, á causa de no haber salido nunca de su vivienda sino para ir á pié, alguno que otro jueves, al mercado, el tartanero despertó de su eterna somnolencia, volvió grupas y salió con el caballo á buen

trote por el carril de Fuensantica, con dirección á la ciudad.

II

Media hora después, la tia Candelaria y Fuensanta, el tio Mayorajo, su mujer y su hijo, descansaban del traqueteo del carruaje, en el Café del Arenal, bajo la sombra de la marquesina, saboreando sendos vasos de limón helado.

Aún no eran las cuatro de la tarde; el calor apretaba de firme y en la esplanada del Puente no se notaba más movimiento que el de los tranvías que entraban y salían completamente vacíos; el de las tartanas de alquiler, que iban ocupando su puesto á la sombra de las casas de Zababuru, y el de algunos transeuntes que pasaban de largo por aquellos sitios, rabiosamente castigados á tales horas por los rayos del sol. La sultana del Segura, la ciudad siete veces coronada, dormía bajo la opresión de la siesta más caliginosa que puede ofrecer el veranico de los membrillos.

Nuestros personajes continuaron en el café largo rato, sudando sin parar y echando de menos la hermosa libertad que disfrutaban en sus respectivos hogares, donde pasan en este tiempo las horas del calor muy lijeros de ropa y tendidos á pierna suelta entre la espesura de los árboles. El tio Mayorajo y su hijo concluyeron por despojarse de la chaqueta que les embarazaba mucho y Fuen-

santa se hubiese descalzado de buena gana, por que los zapatos le apretaban demasiado.

Después del vaso de limón se empeñó el novio en que les sirvieran un café y luego, por agradecer y obsequiar á la novia con todo el rumbo posible, pidió el tío Mayorajo que les trageran horchata. Por último, pagó Pepe el lechugero todo el gasto, sin caer en la cuenta de la propina y cuando fueron á ponerse de pié hizo el tío Mayorajo, con mucho aplomo y solemnidad, la siguiente proposición:

—¿No sus parece que lo primeriquio que debemos hacer es irnos pa la Catedral á rezalle una salve á la Virgen de la Juensanta pa que ensollíne á estos zagales y dempués los haga bien casaos?

—Apuriquiamente me lo ha quitao osté de la lengua—contestó la tia Candelaria.

—Pos entonces los tres habemos tenío la mesma intención—dijo la tia Mayoraja—por que yo tamién estaba pensando en lo mesmo.

—Pos mire osté lo que digo yo—continuó la madre de la novia—que eso de que tos nos hayamos acordao al mesmo tiempo es güena señal. ¿No es verdad, tío Pacorro?

—Y tanto que es así. Como que tos sabemos que á las cosas de la Ilesia hay que darle lo suyo y no quita que vengamos á devertirnos á la feria, pa ver á la Virgen lo primeriquiode tó, como güenos cristianos. Y más abora que van á prenci-

piar estos la vida del matrimonio y muchas veces necesitarán que los dirija y los ampare.

—Ascuchais gusotros?—Preguntó la tia Mayoraja á los novios, que estaban abstraídos en conversacion—Dejarse ahora de repalandorias y vámonos pa Santa Maria.

El tio Pacorro el mayorajo se echó la chaqueta al hombro y lo mismo queria hacer su hijo Pepe, sino se opusiera Juensanta, indicándole que por las calles de la ciudad no se debe ir lo mismo que por la Albatalia. Los novios echaron delante hácia el Ayuntamiento, para salir á la plaza de Belluga; Fuensanta se cubrió la cabeza con un pañuelo y lo mismo hicieron la tia Candelaria y la tia Mayoraja, y todos entraron en la Catedral, con una piadosa reverencia digna de imitación.

III

Cuando salieron del suntuoso templo, el sol habia descendido mucho y el calor pegajoso de la siesta se iba haciendo más llevadero, á medida que avanzaba la tarde. Los feriantes descorrían las cortinas ó los toldos con que cubren sus paradas para dedicarse al descanso, disponiéndose á realizar las últimas ventas de la temporada. Los pirotécnicos de Beniel ordenaban y disponían, en la bajada del Puente, las últimas piezas del castillo de fuego artificiales, que habia de hacer aquella noche las delicias de miles y miles de huertanos. En el real de la feria funcionaban las

mangas de riego, elevando á gran altura los abundantes caños de agua cristalina, que luego descendía al suelo enarenado, en forma de finísima lluvia. Los dependientes del contratista de sillas de paseos y jardines, colocaban en el interior de la Glorieta las primeras filas de abonos que los chiquillos y las criadas de servicio, los mozos y las mozas de la huerta, iban ocupando gratuitamente, hasta que no se presentasen los abonados. En los barracones establecidos á todo lo largo del Seminario y del Instituto, enfrente de la cuesta del Parque, dió principio el reclamo de los espectáculos con una algarabía infernal de voces, organillos, trompetas y charangas, muy á propósito para enloquecer á los pacíficos transeuntes. De los puestos de melones, de las horchaterías en pequeña escala y de los tenduchos de vino y aguardiente que se estenden por la orilla del río, formando un verdadero barrio de las injurias, no diremos sino que todos se aprestaban al negocio con la solicitud é interés que requerían la tarde y la noche más concurridas de la fêria de Murcia.

Desde el plano de San Francisco al paseo de Garay, iba aumentando por instantes la animación. Los tranvías llegaban ya cuajados de la gente de la huerta y de los barrios extremos de ciudad. Los vendedores ambulantes de globos aereostáticos para los chicos, de frutas y golosinas, de peinas y horquillas más ó menos ar-

tísticas para las criadas de servicio, de pitos de caña y trompetas de latón, la turba multa, en una palabra, que se dedica á la venta de juguetes baratos y de cosas menudas, hormigueaba por todas partes, voceando infinidad de artículos, desde cinco céntimos á real y medio la pieza. Por último, acabaron los habitantes de la ciudad por sacudir la modorra de la siesta y por echarse á la calle en busca del vienteccillo fresco, siendo muchos los que se dedicaban á pasear por alrededor de la féria, y muchos también los que tomaban asiento en las puertas de los cafés del Arenal y del Sol, donde las grandes filas de mesas y sillas colocadas al aire libre, estaban ofreciendo al público agradable descanso.

Tal era la perspectiva que ofrecía la féria, cuando nuestros huertanos llegaron á una de las platerías instaladas cerca del puente, contiguas á los puestos de membrillos y cascaruja. Allí se dedicaron á reparar las alhajas que en las vitrinas del mostrador había y cuando todo lo hubieron visto á su gusto, se dirigió el tío Mayorajo á su mujer.

—Anda, ya pues pedir tó lo que te paezca mejor pa nuestra nuera ca de ser.

Fuensantica se puso con esto tan sofocada, que las amapolas de sus mejillas se le corrieron por todo el rostro.

Entonces la tia Mayoraja pidió que le sacaran las mejores *arracás* de oro que hubiese en la

tienda y después de breve discusión, sostenida con la tía Candelaria, sobre si los pendientes que estaban viendo eran más ó menos caros, adquirió unos muy hermosos y muy grandes, recamados de perlas finas.

En seguida preguntó la tía Mayoraja al comerciante:

—¿Tiene osté tumbagas de esas que llevan pintá en la piedreciquia una Virgen de la Juensanta?.

—Sí señora—respondió el dueño de la platería.—Las hay muy hermosas y sobre todo muy baratas.

—Pos sáquelas osté y las veremos, güen hombre.

—Lo que hemos de hacer—interrumpió la madre de la novia, dirigiéndose á la tía Mayoraja—es irnos va de aquí y no mercarle más cosas á la zagala. Con las arracás se quean ostés bien cumpios y nosotras tan sastifechas.

—¿Se burla osté, güena mujer?—Se apresuró á contestar el tío Mayorajo.—La muchacha tendrá tumbagas y otras cosas, que aunque nosotros semos unos probes, osté no sabe tavia la güena voluntad que le tenemos.

—Mire osté, tía Candelaria—prosiguió la madre del lechugero—yo por mi hablo: le tengo tanta ley á su hija que tó lo que hay en el mundo me se antoja poco pa ella.

—Lo mesmo decimos nosotras—contestó la tía Candelaria.—¿A qué vamos á decir otra cosa? ¡Si

es la verdad, Señor!—Si nos hemos criado juntos toa la vida, como aquel que dice, y jamás ha habío un sí ni un nó entre las dos familias.

—¡Ya ve osté!—continuó la tiá Mayoraja—y cuanti menos abora que los zagales están pa casarse y que tos vamos á ser unos.

Mientras tanto, el comerciante había puesto encima del mostrador, sobre un trozo de terciopelo azul, muchas y muy vistosas sortijas de oro y plata, y los novios platicaban muy quedo, un poco separados de sus padres, porque á Fuensanta le daba mucha vergüenza intervenir en las compras y no hubiese vuelto la cara para la platería, si la madre del Lechugero no la instase á que se probara las sortijas.

Disponíase la tia Candelaria á abandonar el puesto, cuando el tio Mayorajo se apércibió de la intención.

—Poco á poco—le dijo muy risueño—que aún no se esfarata el mercao. ¿Ande se ha visto que la novia no lleve un rosario bien güeno arrodado en la muñeca, cuando tenga que ir á la Ilesia?

—¡Es verdad, Pacorro!—afirmó la tia Mayoraja.—¿Pos no me se habia ido lo del rosario, tantas veces como lo tenemos platicao?

—Lo que digo yo—interrumpió la tia Candelaria es que esto vá pasando ya de castaño escuro. Si juera sabío las intinciones de ostés, no vengo á la feria así me aspen.

—Lo que va á hacer osté es callarse la boca bien callá á tó lo que nosotros hagamos y juera de regomellos—dijo el tío Pacorro, celebrando las continuas protestas de su futura consuegra.

—Justiquiamente—añadió su mujer—eso es lo que ha de hacer osté, tia Candelaria; ver, oír y darse un puntiquio en la boca.

Y luego, dirigiéndose al de la platería, añadió autoritariamente:

—Saque osté ahora mesmiquio los mejores rosarios que haya en la pará.

Obedeció el comerciante y en el acto presentó unos muy vistosos, con cuentas de nácar engarzadas en plata sobredorada y con primorosas cruces de filigrana. Eligieron entre las dos mujeres el que les pareció más de su gusto; la tia Candelaria regateó el precio, como lo había hecho en las compras anteriores, por negarse los Mayorajos á ello, y entonces, el tío Pacorro echó mano al bolsillo de su faja, en el que guardaba siempre los dineros y abonó toda la cuenta, peso-duro sobre peso-duro, siendo de suponer que el comerciante saldría bien ganancioso, cuando de su propia intención le regaló á la novia un bonito dedal de plata.

Con el detenido repaso de las alhajas, con los dimes y diretes del regateo, con la miagica de conversación y otros entretenimientos no menos inescusables, transcurrió el tiempo de tal modo

que, cuando acabaron las compras, ya estaba el sol próximo á ocultarse. La concurrencia por la explanada del Puente, por la Glorieta y por la feria, se había centuplicado, y el deseo de verlo todo y disfrutarlo todo muy bien, dispuso la voluntad y la querencia de nuestros huertanos á dar una vueltecita por aquellos amenos y deleitosos lugares.

Fuensanta y el Lechugero marchaban delante de los viejos, tan embebidos en la conversación, que á cada momento tropezaban con unos y con otros y más de una vez hubiese maltratado el novio las narices del prójimo, con la rodaja de la garrota, que llevaba atravesada en forma horizontal debajo del brazo, si los paseantes amenazados no se defendieran del peligro.

Llegaron á lo que hemos llamado antes el Barrio de las injurias, ó sea á la parte de la feria desde la Biblioteca para abajo. Con los panoramas y las vistas, los caballicos del tío Vivo y otras diversiones, había allí tanta aglomeración de gente, que no se podía transitar de ningún modo. A fuerza de empujones y codazos á derecha é izquierda, pudieron alcanzar la taquilla de un cinematógrafo que anunciaba la primera sección, y no es para dicho lo que los padres de los novios se maravillaron de aquellas sombras de personas intactas, á las que solo les faltaba el habla para ser de carne y hueso, y de aquellos barcos y aquellos trenes que corrían y echaban hu-

mo por la chimenea, lo mismo que si fueran de verdad.

A cosa de brujería achacaron los viejos tan extraordinario espectáculo y más se confirmaron en su creencia cuando, á lo último de la función, vieron que se presentó en la escena, haciendo mil mojigangas indecentes, una bailarina muy ligera de ropa y muy *desvergonzá*, según opinión de la tia Candelaria, á la que se le pusieron los pelos de punta y le faltó tiempo para levantarse y decirles á su hija y á los Mayorajos:

—Vámonos correndiquio á la calle, antes que nos saquen de aquí en remolinos.

Enfrente del cinematógrafo se veía uno de esos miserables tambalillos que no parece sino que los meloneros los levantan intencionadamente para afear el ornato público y poner en evidencia y entredicho á la Comisión de Policía urbana. Allí fueron á hacer piernas los tímidos y escandalizados albatalienses, y una sandía enorme, rajada y devorada entre los cinco, mientras comentaban las afrentosas y canallescas impudencias de la bailarina, constituyó la nota final de la tarde.

Está demás consignar aquí, que nuestros personajes se quedaron á ver el castillo, porque todo el mundo sabe que los huertanos se desviven por los fuegos de artificio y son capaces de andar tres ó cuatro leguas por una mala función de pólvora, cuanto menos de permanecer unas

cuantas horas más en la ciudad, para divertirse con un castillo tan hermoso como el de la Virgen de la féria.

Tampoco diremos una palabra de cuándo y adónde fueron á cenar aquella noche. A la gente de la huerta no les agradan los testigos de vista en las comidas, y así como ellos se cuidan de abandonar nuestra casa ó la del vecino tan pronto como se tiende el mantel en la mesa, justo será que los dejemos solos, para que cenén y se desahoguen á sus anchas.

IV

Transcurrieron las primeras horas de la noche.

La torre de Santa María, iluminada primorosamente con farolillos multicolores, destacaben en el fondo de la obscuridad, como una constelación encantadora. El Arenal y la féria ofrecían un golpe de vista deslumbrador, con la profusión de arcos voltáicos y luces de gas que brillaban por todas partes. Las bandas de música ejecutaban en el paseo las mejores obras de repertorio, dando al viento sus duices y melódicas notas. Las bellas murcianas y las gentiles labradoras de la huerta, lucían sus peregrinos encantos, en medio de una confusión indescriptible de gentes que llenaban, hasta más no poder, todas las avenidas de la féria, desde el Plano de San Francisco hasta las inmediaciones del Puente Nuevo. Pudiéramos decir que la ciudad y la huerta, si

distinción de clases ni personas, se habían dado cita aquella noche para compartir en amigable consorcio las últimas diversiones de la temporada.

Sonaron las diez en el reloj de la Catedral y momentos después estallaba en los espacios, con el fragor de un cañonazo, la bomba anunciadora de los fuegos artificiales. En la apiñada multitud se operó entonces cierto movimiento de alegría y una exclamación general brotó de todos los labios.

Enseguida empezaron á ascender los primeros cohetes, desde la terraza del Ayuntamiento. Unos parecían agujas luminosas zurciendo el manto negro de la noche y otros derramaban en todo su trayecto un manantial de luz tan blanca y tan intensa como el fluido eléctrico, producida por la combustión del aluminio. A veces surcaban el espacio diez ó doce voladores, á la vez, formando en la obscuridad como una palmera de fuego.

Luego empezaron á lucir las ruedas del castillo, en medio de continuas ovaciones por parte del público huertano, llegando el delirio á su colmo cuando le pegaron fuego, por los cuatro costados, al castillo propiamente dicho, y se corrieron los traques en un momento y una infinidad de bengalas de vivos colores lo contornaban todo, y las ruedas en forma de espiral daban vueltas aceleradamente, y en el centro de

aquella luminaria deslumbradora se veía un cuadro de la excelsa Patrona de Murcia, circundado de bellos resplandores.

Dirigiendo la vista en aquellos momentos rebosantes de luz y de entusiasmo sobre la apiñada multitud, hubiésemos distinguido muy bien el grupo que formaban los huertanos de nuestra historia, en la esquina de la calle de la Palmera, donde estaban, con la boca abierta, admirando el hermoso espectáculo de los fuegos.

Con la terminación del castillo se quedó como á obscuras la explanada del Arenal, y de pronto surgió en lo más alto del Puente la ráfaga de un chispero. Los cinco huertanos se taparon los oídos, como la mayoría de los espectadores, y el trueno gordo estalló con tan espantosa detonación, que retemblaron todos los edificios inmediatos.

Con la terminación del castillo dió principio la desbandada. Los huertanos salieron en grandes cuadrillas, por todas las puertas de la Ciudad, diseminándose por caminos y senderos, como la sangre que, desde el corazón, se reparte por las arterias y por las venas, llevando el calor y la vida á todo el cuerpo.

Los tres Mayorajos, con la tia Candelaria y su hija, tomaron por el Malecón adelante, con otras familias de la Albatálía, que llevaban la misma dirección, y era de ver lo alegres y contentos que

iban todos, con lo mucho que se habían divertido.

V

A fines del mes de la feria hará dos años que Fuensanta y el Lechuguero contrajeron matrimonio.

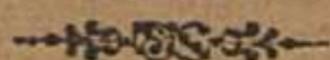
A la espalda del molino del Amor, muy cerca de la ermita ó torre de los Clérigos, se levanta una casa de labradores, como un nido de palomas entre la frondosidad de la huerta. Los movibles sarmientos del emparrado, cubiertos de anchos pámpanos, caen hasta muy cerca de la tierra, sombreando la entrada. Un rosal del Borneo trepa, agarrado á las paredes de la vivienda, hasta alcanzar los hierros de un antiguo balcón, cuajado de geráneos y claveles. La añosa jazminera que rebasa la categoría de los arbustos, aspirando, en su afán de vivir, á convertirse en un árbol hecho y derecho, alegra la vista y perfuma el ambiente, recostada en una esquina del edificio, y á la espalda, una palmera secular, cuajada de verdoso fruto, entrega su gracioso penacho á la disputa de los vientos.

Aquella es la amorosa vivienda de Fuensanta. Vedla sentada en la puerta de su pequeño paraíso, rodeado de flores, acariciando y besuqueando, con delirio maternal, al precioso niño que tiene en los brazos, mientras Pepe el lechu-

guero, con los calzoncillos arremangados hasta la rodilla y el legón en las manos, cantusea una copla de malagueña, como el más feliz de los hombres, y dirige el agua por los brazales inmediatos á la casa, para regar sus hortalizas.

~~~~~  
FIN DE LA I.<sup>a</sup> SERIE  
~~~~~

ÍNDICE



	PÁGINAS
La Misericordiosa.	3
Los Auroros.	21
El pan de la caridad.	37
El <i>ese</i> de los pimientos.	51
La carta de mortuorio.	67
El perdón de las injurias.	85
Fecha memorable.	105
Las Misas de Gozo.	115
¡Viva Santa Bárbara!	131
El regalo de novia.	143

